

# EL IRRESPONSABLE

\*\*\*

Texto ofrecido por *Los Discursos Peligrosos Editorial*



Obra editada en 2000 por *Las Siete Entidades* y reeditada en 2007 por *Brulot*

\*\*\*

[www.pedrogarciaolivo.wordpress.com](http://www.pedrogarciaolivo.wordpress.com)

# ÍNDICE

1)

## **ECHA A ANDAR LA AGUJA**

p. 5

2)

## **LA PACIENCIA DE LOS LOCOS**

*Sobre la Revolución como Parricidio*

p.6

3)

## **LA RECUPERACIÓN DEL CUERPO**

*El Funcionario ha sido inventado para extraviar aún más el sentido de la tierra,  
para evitar que el Libertino consiga por fin “hacerse un cuerpo” –  
nada menos que un cuerpo: ajusticiamiento del Más Allá,  
descodificación de los flujos del deseo*

p. 9

4)

## **EL CRIADERO**

p. 14

5)

## **EL DOBLE Y SU SOMBRA**

*Economía política de la desobediencia:*

*“Encontrar todo el Ejército de los críticos, los comprometidos, los lúcidos...,  
y encomendarle las tareas decisivas de la Vieja Represión”*

p. 16

6)

## **NO MÁS CIENCIA**

p. 18

7)

## **POLÍTICA DE LA CORROSIÓN**

*La Escuela comete sus crímenes en silencio, por la noche. De día prepara la munición,  
carga el revolver, afila la navaja*

p. 21

8)

## **COMEDIANTE**

*La Representación Errática*

p. 23

9)

## **EL RECORRIDO Y LA QUIEBRA**

*Sobre la voluntad de muerte del Irresponsable*

p. 28

10)

## **HUIR, EL ARMA**

*Esquizofrenia y Corrosión*

p. 30

11)

**“AQUEL A QUIEN LE DUELEN LOS HUESOS COMO A MÍ,  
AQUEL QUE PIENSA POR TANTO INTENSAMENTE EN MÍ,  
NO VE QUÉ CASA SE DERRUMBA,  
QUÉ ÁRBOL ARDE A SU PASO.  
PERO LA CASA SE DERRUMBA Y EL ÁRBOL ARDE,  
Y LLEGARÁ EL DÍA EN QUE ÉL SE DÉ CUENTA”(\*)**

*Se acabó “Nanterre”*

p. 32

12)

**SE HARÁ PERDONAR**

*Sólo sobrevive una pedagogía:  
pedagogía del moribundo, ruina de la pedagogía*

p. 40

13)

**SIN HOGAR**

*Nómada, siempre nómada*

p. 42

14)

**TRES LLUVIAS DESPUÉS**

*Elegía del Niño de Luto*

p. 45

15)

**FANTASMA DEL CASTIGO**

*Sobre la forja del profesorado*

p. 47

16)

**DEFENSA DE LA EMBRIAGUEZ Y DEL DELITO**

*¡Ojos tapiados por las legañas de un sueño demasiado largo,  
el mundo ha cambiado entretanto!*

p. 51

17)

**SERMÓN**

*Escuela y Mendicidad*

p. 54

18)

**SOLO COMO UNA LUNA:**

**EL LUGAR DEL CRIMEN EN LA INSTITUCIÓN**

*Ni siquiera se despidió, de todos y de nadie, con lo mejor de sí mismo.*

*Prefirió morir como un ladrón, robándole a otro el pensamiento:*

*“Hay que soñar mucho tiempo para actuar con verdadera grandeza,  
y el sueño se cultiva en las Tinieblas.”*

p. 56

19)

**VIVIR ES DOLOROSO.**

**HAY QUE APRENDER A GASTARSE DE MODO**

**QUE DURE TODA LA VIDA**

*p. 60*

20)

**SEPARACIONES QUE DESGARRAN:  
EL ADIÓS DEL FUGITIVO**

*p. 62*

21)

**LA HORA DEL SUICIDIO ANTIGUO**

*p. 63*

## ECHA A ANDAR LA AGUJA

Hubo un tiempo en que la Salvación se imaginaba a la vuelta de la esquina. Occidente se pobló entonces de Emancipadores, Iluminados, Redentores, Ingenieros de la Revolución, Pastores, Liberadores, Mesías, Profesionales de la Subversión, Caudillos, Profetas, Agitadores,... Invadieron la política organizada lo mismo que la enseñanza, el arte como la filosofía, no menos el círculo adormecido del ocio que las arenas movedizas del trabajo. Pasaron los años y la vigorosa nueva Esperanza apenas podía ya distinguirse de la vieja Religión. Pronto organizó su liturgia específica, su Inquisición particular, su Paraíso y su Infierno, su Decálogo y su Iglesia de los Explotados. Comenzó así a adquirir el aspecto de un narcótico entre otros, de un refugio como los demás, de una trampa incomparable. Cuando contaba ya con la aprobación de la Moral de siempre y empezaba a ser hablada por el Lenguaje, tropezó con la emergencia de una oscura generación de Herejes. Peligraba la salud en la tierra y los nuevos heterodoxos volvieron la vista a la medicina –no a la Ciencia de los Remedios, todavía demasiado religiosa, sino a la medicina popular. Un desconcertante combate enfrentó (enfrenta hoy) a los Sacerdotes de la Emancipación con los Guerrilleros de la Salud... Entre los últimos se halla el Irresponsable, el Esquizo, el Desertor, el Libertino, el Comediante, el Criminal, el Apartida. Ante la policía de la Razón, y tras declararse “huérfano, ateo y anarquista”, uno de ellos recordó a Nietzsche:

“Somos enemigos de todo Ideal que asegure un Asilo, un Hogar,  
 en este momento de transición frágil y desmoronada;  
 y respecto a la realidad de un ideal semejante,  
 no podemos creer en su duración.  
 Soplan los vientos del deshielo; nosotros mismos, los sin patria,  
 rompemos el hielo y otras ilusiones demasiado endebles.  
 Nosotros no conservamos nada, no queremos volver a nada de lo pasado,  
 no somos tampoco liberales, no trabajamos por el progreso.  
 Otro ideal corre delante de nosotros, un ideal singular, tentador,  
 lleno de peligros,  
 un ideal que no recomendamos a nadie;  
 es el ideal de un espíritu que se burla ingenuamente, sin malicia,  
 porque su plenitud y su potencia se desbordan,  
 de todo lo que hasta ahora se consideró sagrado,  
 bueno, intangible, divino.  
 Con ese ideal comienza lo verdaderamente serio,  
 se plantea el auténtico problema, se tuerce el destino del alma,  
 echa a andar la aguja,  
 empieza la tragedia...”

## LA PACIENCIA DE LOS LOCOS

*Sobre la Revolución como Parricidio*

"De las bibliotecas salen los asesinos"

B. Brecht

Marx, Kropotkin, Nietzsche,... El Desertor, figura desplazada del Esquizo, es hijo de *aquella* época; de ahí la *inactualidad* y, también, la *urgencia* de su Fuga. "Lucha de clases", "dominación burguesa", "explotación del proletariado"... Sí, por supuesto. Como siempre, más que nunca. Todos con Marx. Pero, ¡cuidado!, atrevámonos a *desertar*: no confiemos de nuevo en el Estado Providencia, ni siquiera en el Estado de la Clase Elegida, el Último Estado, el Estado de la Última Clase. No alimentemos una vez más el oscuro fetiche del Trabajo -¡que trabajen *ellos!* Aquí, al otro lado del peligro, acompañando al Desertor, la *reserva* de Kropotkin: "el *derecho al trabajo* es, a lo sumo, un presidio industrial". Y, en el horizonte, tan *necesaria* como ayer, la vieja consigna nietzscheana: profundicemos en el inmoralismo, aniquilemos la Teología (Benjamin: "que, como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno") allí donde contemporáneamente se enmascara. Que no quede en pie la metafísica moderna bajo ninguna de sus formas. Aprendamos a reconocerla en el rostro *grave* de Marx, en la mirada *severa* de Lenin, en la sonrisa *bondadosa* de Kropotkin. Y, en ese punto, ¡desertemos!

Una sospecha, en plena Fuga: si algún día se *impone* hacer una revolución no será ya la Revolución del *amor al prójimo*, del *desinterés*, de la *abnegación* y el *sacrificio* – Revolución de los Hombres Buenos, de la Moralidad Superior, de los Redentores de la Humanidad... Por el contrario, será la *revuelta del amor propio* y el *interés personal*, del *egoísmo* y la *autodefensa* –revolución huérfana de los inmoralistas, *laica* hasta el extremo de haber perdido la Fe en sí misma.

No más la Revolución de la *obediencia*, de la *disciplina consciente*, del *deber histórico* y el *compromiso social*. A partir de ahora, si acaso, la revolución como *parricidio*: muerte de la Idea y del Maestro, de la Doctrina y de la Vanguardia, de las Leyes de la Historia y de su Intérprete Ilustrado. Muerte del Padre y, por tanto, invitación a la Fiesta, al Derroche, al Gasto. Muerte de la Autoridad y de la Norma, del Significante Despótico y del Tirano de Biblioteca, del Momento Cruel de la Repetición y del Sacrificador Ritual de la Diferencia.

El revolucionario del futuro ha desertado de todos los *modelos*: tengámoslo en cuenta. A la Revolución como Teatro, Mimo, Representación, Mascarada..., opone la *rebelión* como fábrica, fragua, producción, emergencia. Contra la *comedia* de la Revolución (aquí los actores, allí los papeles, éste el sentido, ésa la finalidad), prepara el *enigma* de la *revuelta*: ¿quién ha hablado?, ¿esto qué significa?, ¿hacia dónde vamos? Frente a la *seguridad* de la Obra, promueve la *incertidumbre* del Juego. *Por eso dará a conocer, en su día, la octavilla que, enterrado el Padre, dejarán los desertores sobre su tumba; ya prevé su contenido: "quienes ayer se entregaban a la tortura de la puesta en escena, disfrutarán mañana del placer de la improvisación o no harán nada"*.

El Desertor no habla ya el lenguaje de la Producción y del Estado –motivos

fundamentales de la Ratio burguesa ante los que el criticismo de Marx reveló su límite histórico y su forzosa contingencia. No lucha ya por un Orden que perpetúe la lógica del Trabajo y encuentre en la represión del Enemigo el pretexto para la consolidación de la Maquinaria Estatal. Teme una Revolución que sustituya al pequeño patrón burgués por el Gran Patrón del Estado y garantice la supervivencia biológica del *cuerpo de trabajo* como condición primera de una nueva forma de explotación social. Muestra menos interés por la liquidación de la burguesía que por la *erradicación* del proletariado: en la adscripción *forzosa* de un determinado *colectivo social* al orden de la Producción sorprende el momento constitutivo de las *clases* y el mecanismo nuclear de toda nueva tecnología de la dominación política e ideológica. Advierte, en fin, cierta convergencia contemporánea -razón última de su deserción- entre la posibilidad histórica de una cancelación del productivismo (*Final de la Utopía*) y la negación *espontánea* del enclaustramiento laboral por los nuevos sujetos sociales de la protesta (La Polla: “no disfrutamos en el paro, no disfrutamos trabajando”). Ve surgir así un nuevo discurso crítico –discurso de lo que todavía no termina de vislumbrarse pero ya es lícito *imaginar*. Haciéndolo suyo, al borde del silencio (al borde del futuro), nos habla en voz baja de la extremada avidez de la Verdad.

“Sí, soy un soñador. Porque sólo un soñador  
puede hallar su camino a la luz de la luna  
y, en castigo o como recompensa,  
ver la aurora antes que los demás.”

Alguien le reprochará muy pronto que su pensamiento no se deja atrapar, que danza entre temas heterogéneos (rozándolos, tan solo) y se vuelve ambiguo y oscuro cada vez que la ansiedad del lector parece exigir un remanso de claridad y concreción. *Él, que lleva años -desde la Fuga- concediendo muy poca importancia a las demandas de luz, responderá simplemente: “Tienes toda la razón; así se escribe el pensamiento de las sombras. Así se acerca uno a lo impensado de los objetos –aquello que tiempo atrás no podía llamar aún la atención de los analistas y dentro de unas décadas entorpecerá, por la espectacularidad de su presencia, la comprensión de las nuevas realidades. Estás en lo cierto; así se piensa en los tiempos sombríos.”*

Marx, Engels, Lenin,... He aquí un discurso que rebosa coherencia y despierta sospechas. Sin embargo, es ese mismo discurso, y no otro, el que anda grávido de uno nuevo –discurso de la Atadura Profunda por fin Rota, del Deseo Liberado, de la Recuperación del Cuerpo... Kropotkin, Bakunin, Malatesta y tantos otros quisieron *hablarlo* antes de tiempo, y estuvieron a punto de anegarlo en la metafísica ingenua que arruinó también la pretensión de radicalidad del marxismo de la época. Nietzsche supo verlo: para el lenguaje del futuro harán falta nuevos oídos y nuevas gargantas. Que ningún Ídolo perturbe la escucha. Que ningún Dios levante la voz.

Con el tiempo, el nuevo discurso empezó a filtrarse por las grietas de un mundo que aún no era el suyo (grietas de la Razón, del Conocimiento, del Sentido). Para conquistar el “derecho a la realidad” combate hoy contra las formaciones de la Ciencia y de la Moral, y se refugia en los dominios de la Literatura y el Delito. Asoma en los silencios del Irresponsable, en las fechorías del Libertino, en la infracción del Criminal, en la huida del Esquizo, en la representación del Comediante, en la indiferencia del Apartida, en la fuga del Desertor... No está aún al alcance de cualquiera: requiere una *falta de escrúpulos* que escandalizaría a las concubinas de la Razón, una *voluntad de mentira* que horrorizaría a los devotos de la Verdad y una *cuota de sangre* que ningún especialista del Progreso estaría dispuesto a pagar. Discurso del que huye y tropieza con el *muro* del Significado, exige muy especialmente *la paciencia de los locos*. Van Gogh:

*“no sirve para nada golpearlo con fuerza; debemos minar ese muro y atravesarlo con la lima, lentamente y con paciencia, a mi entender.”*

## LA RECUPERACIÓN DEL CUERPO

*El Funcionario ha sido inventado para extraviar aún más el sentido de la tierra,  
para evitar que el Libertino consiga por fin “hacerse un cuerpo” –  
nada menos que un cuerpo: ajusticiamiento del Más Allá,  
descodificación de los flujos del deseo.*

“¡No vuestro pecado –vuestra moderación es lo que clama al cielo,  
vuestra mezquindad hasta en vuestro pecado es lo que clama al cielo!  
¿Dónde está el rayo que os despierte con su furia?  
¿Dónde la demencia que habría que inocularos?  
F. Nietzsche

“Me han enseñado a odiar al Gran Burgués y, sin embargo, no le temo –apenas me preocupa. No veo en él más que a un esclavo: *explotar al obrero*, ésa es su forma de *servir* a la maquinaria capitalista, ésa su manera de perseguir el bienestar y no encontrar más que la desdicha. Como también me *educaron* en el amor al Proletario, dediqué cierto tiempo a describir su dolor, relatar sus luchas, celebrar sus triunfos y lamentar sus derrotas; intuía que de aquella escritura, supuestamente *explosiva*, dependía incluso el Valor de mi vida. Pese a ello, nada que tenga que ver con sus miserias, con su opresión evidente, ha logrado hasta el momento desencadenar toda la irritación de que me creo capaz. Odio, temo, al Funcionario.” He aquí la confesión del Libertino, el secreto de su extraña *disidencia*.

Para el Libertino, el Funcionario no es tanto el sujeto de una profesión, de una actividad laboral concreta, como la encarnación de cierto perfil psicológico moderno – síntesis burguesa de la moralidad cristiana. Define al Funcionario por su percepción de la tierra, por su relación con el propio cuerpo. Sorprende en él una forma peculiar de codificar los flujos del deseo y apaciguarlos sobre imágenes siempre fijas, idénticas e inmutables: imágenes de la *seguridad*, de la obligación *incondicional* y, por tanto, tecnologías del sojuzgamiento del cuerpo, de su mutilación por una figura de la policía social anónima que se hace cargo de las riendas de la subjetividad y organiza los ámbitos complementarios de lo permitido y lo prohibido.

Y, en este sentido, como estructura psicológica y determinación moral, el Funcionario tiende a *neutralizar* tanto la voluntad de resistencia de los colectivos oprimidos como la capacidad de placer de las fracciones de clase hegemónicas. Perpetuará así la desigualdad social al homogeneizar la circulación del deseo (moralización despótica de las costumbres); y, con el objeto de convertir no menos a los dominantes que a los dominados en siervos *profundos* de la axiomática capitalista, procurará siempre -y en todos los casos- un mismo *olvido de la tierra*.

“¡*Permaneced fieles a la tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores y calumniadores de la vida, lo sepan o no. Son moribundos y están ellos también envenenados. La tierra se halla harta de ellos”: esta es la recomendación nietzscheana violada en toda regla por el Funcionario. A nadie escapa ya la iniquidad de sus fines: *desplazar* la Moral –preservar la Moral mediante su simple desplazamiento. Con esta movilización de la moral, y como el *último hombre* de Zaratustra, el Funcionario ha abandonado las comarcas donde era duro vivir, ha

cultivado la discusión superficial como premisa de la reconciliación de fondo y ha organizado *su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche*. En pocas palabras: *ha inventado la felicidad*. Sí, el Funcionario ha inventado la felicidad y, con ello, ha prestado al Orden del Capital el mayor de los servicios –por fin reparada la atadura interior, de nuevo codificado el deseo, una vez más la mutilación del cuerpo.

De espaldas a la Virtud, con la Razón en la cuneta, los defensores de la tierra vienen denunciando ásperamente la *felicidad* del Funcionario como *lamentable bienestar, sucio disfrute, atrincheramiento en posiciones políticas de complicidad*. Vienen preparando, casi desde la emergencia antitética del Libertino, la *hora del gran desprecio*: “la hora en que incluso vuestra *felicidad* se os convierta en náusea, y eso mismo ocurra con vuestra *razón* y con vuestra *virtud*.” Mientras el Funcionario anhela *un poco de veneno de vez en cuando -eso produce sueños reconfortantes- y mucho veneno al final, asegurando un morir agradable*, el Libertino arriesga la salud y prescinde del narcótico para entregarse, como un niño, al peligro de la existencia *sin ídolos*. Vivir *sin ídolos*: “un peligroso pasar al otro lado, un peligroso correr, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse.” Vivir *sin ídolos*: simplemente, *atreverse a Vivir, recuperar el Cuerpo*.

Aquí Artaud: “Para VIVIR hay que tener un cuerpo”. Y ya lo hemos perdido por dos veces. Lo sacrificamos ante el Alma cuando aún vivía Dios, y lo sustituimos por un Organismo, un Código, un Engranaje..., tras su muerte, cuando la Razón y la Virtud modernas volvieron a enturbiar la percepción de la tierra. El Funcionario nos hurtó el cuerpo antes de que aprendiésemos a usarlo (“el hombre común ignora hasta qué punto puede llegar el vicio de tener un cuerpo y servirse de ese cuerpo”), y demostró a la maquinaria capitalista que todavía era preferible una moralidad sin Dios –una moralidad atea, la más funesta de las moralidades, el último escondrijo de la Metafísica y la mejor garantía de la dominación burguesa.

Al enterrar el Cuerpo Sacrificado (cuerpo de la moral antigua: “en aquel tiempo, el alma miraba al cuerpo con desprecio; y ese desprecio era entonces lo más alto –el alma quería un cuerpo flaco, feo, famélico”), el Funcionario suspendía la exigencia, inaceptable para la sensibilidad *ilustrada*, de un Dios cruel, punitivo, torturante, y desplegaba en su lugar el nuevo Orden del Simulacro. Como impostura del cuerpo, el Organismo liberará así los flujos del deseo y los protegerá de la vigilancia residual del alma –impotente. Pero sólo para someterlos a la tiranía de la nueva axiomática capitalista (“jamás el cuerpo es un organismo, los organismos son los enemigos del cuerpo”). Sancionaba con ello la transición del *deseo detenido* al *deseo dirigido*: “al cuerpo humano se le ha obligado a comer, se le ha obligado a beber, para evitar que baile; se le ha obligado a fornicar con lo oculto, para dispensarle de exprimir y ajusticiar la vida oculta.” Contra la reconducción del deseo surgió entonces la rebeldía de los inmoralistas, la búsqueda difícil de la *auténtica* vida sensual –D. H. Lawrence: “existe una enorme diferencia entre el ser sensual, auténtico, y la desvergüenza escandalosa de la mente liberada que tanto nos seduce.”

En el tiempo del Cuerpo Sustituido, apenas puede vislumbrarse el destino político del deseo descodificado. Pero hemos aprendido ya a intuir su peligrosidad inherente:

“¿Quién soy?  
¿De dónde vengo?  
Soy Antonin Artaud y si lo digo  
como sé decirlo  
inmediatamente veréis mi cuerpo actual  
saltar en pedazos  
y constituirse bajo diez mil aspectos  
un cuerpo nuevo  
por el que no podréis

olvidarme jamás."

No imaginemos la *liberación* del deseo como instalación en la Era de la Fidelidad a la Tierra. Que nada en nuestro discurso recuerde el teleologismo del Gran Desenlace. Pensemos más bien la *recuperación* del cuerpo como proceso *interminable* de descodificación política del deseo, negación *indefinida* de los modelos coactivos de la moral burguesa y articulación *fragmentaria* de un nuevo tipo de subjetividad histórica. Valoremos asimismo la trasgresión de la Moral por el Libertino, su desaprobación radical de la *felicidad* del Funcionario, como declaración de guerra al pensamiento de la Repetición y a la sicología de la Repetición. Para los Defensores de la Tierra, "hacerse un cuerpo" ("el cuerpo se lo hace cada uno, o de lo contrario ni sirve ni se aguanta") significará, pues, ensayar la diferencia existencial, anticipar la novedad subjetiva, promover la transformación social.

Ensayar la Diferencia, anticipar la Novedad, promover la Transformación... Quizás por eso, el Libertino busca la compañía de aquellos que, desde la periferia de la Razón y en medio de la noche de la Virtud, abandonan los caminos de los demás para enfrentarse a lo imposible de la Creación –un tránsito y un ocaso. De alguna forma, el Libertino *contiene* al Creador, *encierra* la condición de la Obra –la voluntad de hacerse un cuerpo. Nadie como Nietzsche ha sabido precisar la naturaleza de su "práctica social", evitando cualquier confusión con las desahuciadas figuras del Predicador, el Profeta, el Caudillo o el Dirigente:

¡Ved los buenos y los justos!  
¿A quién es al que más odian?  
Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador,  
al infractor –pero ése es el creador.  
¡Ved los creyentes de todas las creencias!  
¿A quién es al que más odian?  
Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador,  
al infractor –pero ése es el creador.  
Compañeros para su camino busca el creador,  
y no cadáveres, ni tampoco rebaños de creyentes.  
Compañeros en la creación busca el creador,  
que escriban nuevos valores en tablas nuevas.  
Compañeros busca el creador, que sepan afilar sus hoces.  
Aniquiladores se les llamará,  
y despreciadores del bien y del mal.  
Pero son los cosechadores y los que celebran fiestas.  
Compañeros en la creación busca Zaratustra,  
compañeros en la recolección y en las fiestas busca Zaratustra:  
¡qué tiene él que ver con rebaños y pastores y cadáveres!"

El Funcionario se reproduce a lo largo de toda la cadena de Instituciones Sociales configuradas por el Capitalismo. Encuentra, sin embargo, en la Escuela un lugar privilegiado de emergencia y consolidación. La Escuela: producción del Funcionario a cargo del Funcionario por excelencia. O también: constitución del Funcionario por medio del *funcionario* mejor centrado sobre la impostura del Organismo.

"Una sola boca que habla y muchísimos oídos, con un número menor de manos que escriben: tal es el aparato académico exterior, tal es la máquina cultural puesta en funcionamiento. Por lo demás, aquel a quien pertenece esa boca está separado y es independiente de aquellos a quienes pertenecen los numerosos oídos; y esa doble autonomía se elogia entusiásticamente como *libertad académica*. Por otro lado, el profesor –para aumentar todavía más esa libertad– puede decir prácticamente lo que quiera, y el estudiante puede escuchar prácticamente lo que quiera: sólo que, a respetuosa distancia, y con cierta actitud avisada de espectador, está el Estado, para

recordar de vez en cuando que él es el objetivo, el fin y la suma de ese extraño procedimiento consistente en hablar y en escuchar.” El Estado como objetivo: la aceptación generalizada de la coacción estatal como propósito y la interiorización progresiva del principio de autoridad en que se funda como premisa... He aquí la finalidad más notoria del aparato educativo.

Y, al otro lado, el Estudiante, “un bárbaro que se cree libre”, algo menos que una víctima: “de hecho, tal como es, *es inocente*, tal como lo conocemos es una acusación callada pero terrible contra los culpables. Deberíamos entender el lenguaje secreto con que ese inocente vuelto culpable habla a sí mismo. Ninguno de los jóvenes mejor dotados de nuestro tiempo ha permanecido ajeno a esa necesidad incesante, debilitante, turbadora y enervante, de cultura. En la época en que es aparentemente la única persona libre en un mundo de empleados y servidores, paga esa grandiosa ilusión de la libertad con tormentos y dudas que se renuevan continuamente. Siente que no puede guiarse a sí mismo, que no puede ayudarse a sí mismo: se asoma entonces sin esperanzas al mundo cotidiano y al trabajo cotidiano. Lo rodea el ajetreo más trivial, y sus miembros se aflojan desmayadamente.” El Estudiante, *una acusación callada pero terrible contra los culpables*, atravesado por el *deseo de saber*, por la enervante *necesidad de cultura*, y arrojado por la máquina escolar -finalmente- al *ajetreo más trivial*, al mundo cotidiano (la familia) y al trabajo cotidiano (la producción)... Así resumía Nietzsche, en 1872, la operación policial sobre el deseo desplegada por la Escuela con el objeto de “formar lo antes posible empleados útiles y asegurarse de su docilidad incondicional.” Operación que cabría definir también en estos términos: transformar el deseo de saber, de aprender, en necesidad de trabajar, en necesidad de desear trabajar; convertir el deseo de huir de la familia en necesidad de fundar una familia, y el deseo de independencia, de autonomía, de libertad, en necesidad de aceptar una autoridad, una regla, una disciplina.

Autoridad, Familia, Trabajo...: una vez más, la *felicidad* del Funcionario, el *lamentable bienestar* del autómatas al que se garantiza un empleo bien retribuido para que perpetúe el infierno del *hogar* y reproduzca, de la mejor manera, el principio de obediencia y auto-constricción. Todo ello, por supuesto, en nombre de la Razón...

Y no pensemos que la influencia de la Escuela se agota en esa codificación extrema del deseo del estudiante. Al contrario, arranca de ahí para alcanzar, por la mediación de los saberes disciplinarios, el dominio de la familia, modelándolo según las expectativas de la nueva moralidad.

“Ustedes vienen para saber si los mediocres resultados de su hijo son debidos a una tara hereditaria o si lo hace a propósito.  
Pues bien, no es ni lo uno ni lo otro;  
y si se confirma que los tests muestran un desnivel entre sus capacidades y su rendimiento escolar, precisamente por eso será necesario que me cuenten cómo se comporta en la escuela y en casa, cómo se lleva con sus hermanos y hermanas, con ustedes, si tienen problemas familiares, cuáles son sus actitudes educativas... Háblenme de su matrimonio, de sus discusiones, de sus infancias, de sus relaciones con sus padres... Díganme si les satisface su empleo, si saben qué hacer con su tiempo libre, si disfrutaban de una equilibrada vida social, si son capaces de mantener la armonía en la familia...”

De igual modo que el joven se ve *dirigido* hacia la figura represiva del Buen Estudiante, la familia padecerá la intromisión de los nuevos especialistas (pedagogos, sicólogos,...) en demanda de un clima *ideal* de convivencia: a saber, unos padres *trabajadores*, la proscripción de todos los vicios (“vicios son, nadie lo ignora, lo que se quiere”), una cotidianidad *amable* en la que la norma social apenas se discuta, la

remisión permanente a la sexualidad domada y a la virtud *laica* del “hombre maduro”,...

Para contrarrestar la efectividad coercitiva de esa reconducción del deseo (formación de la libido del buen alumno, formación de la libido trabajadora y familiarista), el Libertino huye de todos los púlpitos y evita la claudicación estúpida de todos los discípulos. Busca compañeros de viaje y emprende la Fuga –desguace de la Máquina. Para ello, persevera en el inmoralismo y cultiva la irresponsabilidad beligerante del *saboteador* sin escrúpulos. Desmontar la Máquina -familiar, escolar, laboral,...- para decodificar el deseo y restablecer el sentido de la tierra; paralizar el Engranaje para que, de la ruina del Organismo, surja la posibilidad de una oscura recuperación del cuerpo: ése es el viaje al que nos invitan los Inmoralistas de nuestro tiempo, ése es el viaje que más teme el Funcionario –porque adivina en él *la demencia que habría que inocularle*. “Inocencia y olvido, un nuevo comienzo, una rueda que se mueve por sí misma, un primer paso, un inquietante decir Sí.”

## EL CRIADERO

"Estamos a punto  
de cambiar de dioses."  
E. M. Cioran

No cabe mantener ya la ilusión reformista de la transformación de la Escuela en un Aparato Díscolo, vuelto milagrosamente contra el Estado y los intereses que reproduce. También ha envejecido la pretensión candorosa de constituir un *oasis* particular, perdido entre la policía de las asignaturas y de las clases, un reducto último (inadvertido) de enseñanza *emancipadora* que deberíamos proteger de las agresiones del medio –una hora de saber *liberador* entre siete horas de discurso *represivo*, una asignatura de *práctica de la desmitificación* entre siete asignaturas de *impregnación ideológica*.

Y ello, por varios motivos: en primer lugar, porque ya no soportamos el dogmatismo *ilustrado* del Profesor Conciencia (¿en virtud de *qué* puede un funcionario arrogarse el título de “forjador de sujetos críticos?”); y, en segundo lugar, porque intuimos fácilmente que *nada* hay que “modificar” en la subjetividad del estudiante. Antes al contrario, la Institución intenta adormecer aquello que da signos de permanecer despierto, domar aquello que descubre como inmediatamente perturbador. Como anti-calle, la Escuela pretende no tanto *reproducir* una alineación preexistente o perpetuar una inconsciencia original como sentar sus bases, establecer sus premisas. No pensemos el Instituto como un *después* de la sujeción del carácter, sino como un *antes* inconcluyente.

En este contexto, la supuesta operación “des-alienatoria” del profesor/gurú, o bien instaure una nueva modalidad de dominación ideológica -fundada en la eficacia de la *pedagogía implícita*-, integrable en el mecanismo de la reproducción social al acogerse a los beneficios del *elitismo*, de la *autoridad*, de la *ciencia* o de la *razón* (a fin de cuentas, solidaria de esa “moral de la *doma* y de la *cría*” denunciada por Nietzsche), o bien -fijando las condiciones de su autodestrucción como fuente de verdad- se limita a *repetir* aquello que el estudiante ya ‘sabe’, aquello contra lo que se disponen los discursos académicos (saber popular, fragmentario, intuitivo; saber de la calle, del trabajo, de la relación cotidiana; saber inmediato, *corporal*, violento).

Debemos, por ello, negar la lógica del *criadero*, en su doble figura: Aparato Díscolo, Reducto Emancipador. ¿Qué queda entonces? ¿Qué oponer a la Escuela Vigilante? La Huida, la Fuga, el Fraude... La Institución del Orden no funciona óptimamente. Soporta la *avería* como su principal generador de problemas. Sólo es ineficaz en la medida en que se estropea, se desgasta. Ahí radica su debilidad fundamental. Múltiples agujeros en su línea de flotación solicitan el trabajo difícil de los *reformadores*. Contradicciones heterogéneas la recorren de lado a lado. Fisuras insondables la alejan ocasionalmente de todo cuanto tiene por objeto...

Se define así cierta cartografía de la práctica subversiva: es preciso actuar en las “grietas”, en las “junturas”, en los “boquetes”. Dificultar el funcionamiento de la Máquina, perturbar su eficacia rutinaria, sabotear sus movimientos característicos... Ese es el verdadero propósito de la lucha política en la Escuela. Se equivoca quien concibe tal praxis como Ingeniería de los Métodos Alternativos: la logística del Fraude se reconoce mejor como desquiciamiento metodológico, ruina de la didáctica, parodia de

la pedagogía. No cree ya en la posibilidad de Otra Escuela distinguible de la Escuela Burguesa. Desconfía aún más de las *otras escuelas* infiltradas en el Aparato Educativo.... Vuelve la vista al objeto de la violencia en la Institución, el alumnado, para reforzar sus tendencias evasivas, justificar su hostilidad al saber oficial, legitimar su beligerancia contra la tortura de las aulas. Nada hay más extraño a esta *estrategia de la huida* que la figura del Educador. Requiere, por el contrario, el modelo insólito de un antiprofesor o, lo que es lo mismo, el paradigma de un profesor decididamente *ridículo*, absolutamente *inejemplar*. No busquemos ese prototipo cerca de Ferrière, Piaget o Freinet, sino junto al Groucho Marx interesado en que la Universidad funcione *todavía peor* o al lado de un Zaratustra que habla así a sus discípulos: “mi consejo, realmente, es que os alejéis de mí y me evitéis.”

Un profesor tan deliberadamente “irresponsable” mostrará escaso interés por la cabeza del estudiante. Lo suyo es *desguazar* la maquinaria escolar: intentará aislar los resortes esenciales del aparato educativo (asistencia, autoridad, evaluación, programación,...) para *pervertirlos* sistemáticamente. Puede realizar esa tarea *con* los alumnos, pero ya no lo hace *por* ellos. En eso deja asomar su radical egoísmo: no pretende *salvar* a nadie porque no se encuentra por encima de *nadie*. Pero tampoco está solo en su lucha contra la Máquina. Su práctica del sabotaje avanza en la misma dirección que la resistencia estudiantil: convergencia “en la huida” de quienes no permiten que el Orden de la Institución les haga olvidar las vicisitudes de la calle, las explosiones de la conflictividad exterior; complicidad “en el fraude” de aquellos que saben cómo protegerse de la violencia de la Escuela, de la intervención *pedagógica* sobre la conciencia (“*¡No, no, la cabeza no!*”).

## EL DOBLE Y SU SOMBRA

*Economía política de la desobediencia:*

*“Encuadrar todo el Ejército de los críticos, los comprometidos, los lúcidos...,  
y encomendarle las tareas decisivas de la Vieja Represión”.*

“Somos criminales, irresponsables, bandidos.  
De un modo o de otro  
-todas las formas de matar  
nos parecen igualmente bellas-  
andamos asesinando  
a los honrados obreros.  
Los liberamos así de la humillación  
del trabajo  
y hacemos nuestros los frutos de su penosa,  
y por fin suspendida,  
servidumbre.  
Se nos odia por ello.  
Por ello se nos castigará.  
Pero a nosotros,  
que sabemos de qué inicua materia está hecho  
el amor,  
y conocemos los inconfesables propósitos  
de toda recompensa,  
nada nos dignifica más que el odio  
de sus patrones  
o el castigo  
de sus jueces.”  
*Canción de los Presos de Fontevrault*

Cualquier *Estatuto del Profesorado* adeuda más a la voluntad de regir políticamente la desobediencia, convirtiéndola en la condición de un acatamiento profundo del Orden de la Institución, que a la pretensión (por lo demás, innecesaria) de regular la ortodoxia profesoral.

El profesor *obediente* encajaba mejor en *otra* tecnología del control social. Remite a un tiempo que ya no es el nuestro: momento de la transparencia de la dominación, de los rostros sin máscara y los lenguajes sin metáfora. Subsiste hoy como residuo, como antigualla venerable *por inocente*. Figura de la candidez y de la ingenuidad, tiende a encontrar en el capitalismo avanzado un límite absoluto.

La sociedad burguesa, desde la segunda mitad del siglo XX, ha organizado, en torno a la Escuela, todo un juego del *doble* y la Sombra. Ya no está al alcance de unos ojos tan próximos a lo real que casi chocan con su objeto –mirada positiva de la descripción. Ya no rinde su secreto al rigor de un *pensamiento grave*, ebrio de Verdad y, por lo mismo, todavía demasiado *confiado*. Sólo con la distancia (definitiva) de unos ojos *cerrados* para poder imaginar, sólo desde la inmoralidad arrogante de un “pensamiento salvaje” (o, mejor, del pensamiento de *un* salvaje), cabe *tentar* en nuestros días un nuevo ejercicio político de la Sospecha y la Maledicencia, de la Mentira y la Deshonestidad, de la Irresponsabilidad en suma –ejercicio crítico aún pero, antes que nada, irrespetuoso, irreverente, cruel con todas las justificaciones de los bienpensantes, sencillamente atroz con las empresas ilusorias de los bienintencionados. Si la imagen aparente de la Escuela fuera sólo el *doble* de su realidad oculta, el fantasma de su ser subterráneo, todavía

podríamos recurrir a la Razón para excavar por debajo de la Ideología y reencontrar el primitivo sentido del Mal. Pero la hipocresía del signo sugiere más bien que la Escuela Aparente deviene hoy como la *sombra* de un Doble extraño, esquivo, intratable. Y para “pensar” la sombra es preciso, en primer lugar, *aprender a soñar* –soñar: acariciar, no ya la Verdad, sino el Peligro.

\*\*\*

El capitalismo avanzado no muestra demasiado interés en *hacerse obedecer*. Prefiere subordinar su perpetuación al éxito de una cierta economía política de la desobediencia, del ilegalismo, de la rebeldía. Ha comprendido que la reproducción social es, ante todo, obstrucción de la contestación política. Y que esa obstrucción es hoy menos efectiva como “castigo” que como *inducción*. En lugar de perseguir a los transgresores, interesa actuar sobre las premisas de la verdadera trasgresión; en lugar de confinar a los perturbadores, conviene controlar los factores originarios de la perturbación. Por último, ¿para qué aniquilar la oposición, si es posible llevarla a los *lugares sombríos* de la reproducción social?, ¿para qué reprimir la desobediencia cuando parece factible erigirla en instrumento de la sumisión de fondo?

La legislación asumirá entonces otra función: fijar, *en negativo*, las modalidades del ilegalismo *útil*, políticamente rentable; encuadrar todo el Ejército de los críticos, los comprometidos, los lúcidos..., y encomendarle las tareas decisivas de la Vieja Represión; mantener el *simulacro* de la revuelta, el *fantasma* de la subversión, allí donde ya no habite el peligro, lejos del escenario actual de los combates y de las miserias; conjurar el enfrentamiento aleatorio de los descontentos al definir su *enemigo* e incluso su *teatro*; dobligar la inquietud errante de los escépticos mediante la enunciación tácita de *sus* razones y la preparación encubierta de las luchas en que habrá de diluirse; introducir la Carencia como germen de la protesta inocua, de la oposición *blanda* –fuente de una crítica fácil, epifenoménica, incapaz de acceder a los auténticos problemas por la coacción cotidiana de lo inmediato y de lo urgente.

Delimitando, desde el silencio, el territorio de lo excluido, de lo negado, la legislación despliega, alrededor de la Escuela, todo un campo de obediencia (norma). Con ello, centra la *apariencia* del peligro sobre determinadas figuras, sobre ciertos comportamientos –espacio de la desobediencia inducida, del ilegalismo útil. Allí lo *exigido*, aquí lo *tolerado*, más allá lo *impensable*. Al ámbito de la exigencia corresponde el concepto de “responsabilidad profesoral”; en el dominio de lo tolerado se refugia la posibilidad del reformismo metodológico (ingeniería), de la alternativa constructiva (travesura), de la revuelta estética y de la crítica corporativa; finalmente, en el límite, en el umbral, de lo impensado, se halla el extravagante modelo del anti-educador, del *profesor* ridículo, inejemplar, deliberadamente irresponsable.

Todo Estatuto del Profesorado puede interpretarse, en este sentido, como simple *modernización* del orden de la exigencia y de la tolerancia. Optimizar la gestión de los ilegalismos reproductivos: ése sería su propósito. Y sólo escapará a su influjo mixtificador quien conserve el valor de negar la Ley desde fuera de la Moral y se permita no tanto el efectismo de la desobediencia como la radicalidad del Crimen.

“Entre los invitados, profesores todos,  
tomó asiento un Asesino.”

6)  
**NO MÁS CIENCIA**

"Trato de devolver al lenguaje de la palabra  
su antigua eficacia mágica,  
su esencial poder de encantamiento,  
pues sus misteriosas posibilidades han sido olvidadas."  
A. Artaud

La Ciencia es incapaz de sublevarse. No sabría *tramar* nada contra la Escuela. Lleva mucho tiempo hablando en su favor, incluso cuando parecía combatirla expresamente. Aún más: sólo rompiendo radicalmente con los tópicos de la cientificidad moderna es posible descubrir hoy perspectivas renovadoras sobre el Aparato Educativo. Y esta "ruptura" no podrá tomar el aspecto de una *revisión* académica de los textos pedagógicos, sociológicos, historiográficos..., empeñados en *pensar* la Escuela partir del discurso de la Ilustración.

Ya estamos hartos de presenciar *negaciones* de la Ciencia que, sin embargo, se asisten perceptiblemente de los modos lógicos y textuales de la cientificidad de siempre. A un trabajo premeditadamente *acientífico* se le debe exigir más. No es suficiente con que acumule cargos contra la Verdad, el Conocimiento, la Razón... No sólo debe decir cosas distintas, sino que también debe decirlas *de otra forma*. No repitamos más la crítica *científica* de la Ciencia Moderna. Seamos capaces de abandonar la coraza, la armadura académica con que un "pensamiento riguroso" ha intentado obstinadamente apresarse la inquietud intelectual cada vez que ésta se rebelaba contra la Razón y emprendía la búsqueda de principios definitivamente *más humanos*. Aprendamos de Artaud: sabe atentar contra Dios, sin hablar como un teólogo. "Acabemos de una vez con el Juicio..." de la Ciencia.

Ante todo, reconozcamos que la escritura es unitaria. Sospechemos por fin de la hegemonía del Concepto. ¿En nombre de qué hemos concedido tan fácilmente que sólo a través del *concepto* podemos acceder a esa extraña realidad esencial de las cosas? Hoy no sólo estamos ya en condiciones de mostrar el mayor desinterés del mundo por cualquier *fondo* oculto de Verdad, sino que empezamos a desconfiar de la majestad ruidosa del Concepto. Hay motivos: los conceptos nos *hieren* cada vez menos. No parecen asegurar ya el más mínimo poder de perturbación. Tienen tan poco que ver con la perversión, el cinismo y la inmoralidad que cabe dudar de su efectividad en el tiempo del Doble y su Sombra. Quizás sólo sirvan para hacer Ciencia, es decir Teología.

Prefiramos abiertamente el ateísmo de la metáfora, su absoluta falta de escrúpulos. Sabe jugar sucio. Aún provoca. Desconcierta. Ha recuperado el cuerpo como *blanco* del discurso. Siempre se mantiene cerca de la diferencia. Alcanza lo que el concepto *pierde* porque se aferra a lo distintivo, a lo particular. Llega más lejos que aquél precisamente porque no busca ningún *fondo* último en el que pacificarse. Por eso no se detiene, desciende sin cesar. Y cuanto más desciende, más se acerca a nuestros sentidos. Para ella, "profundizar" es *regresar a la superficie*. Debajo de las cosas sorprende siempre el *hueco* dejado por su realidad exterior. Conquista la apariencia, como máscara, después de arruinar lo supuestamente idéntico. El suyo es un trabajo del *matiz*, del *énfasis*, del *y también...*

Alude, no revela. Señala, no define. Acumula fantasmas por encima de las cosas para hacerles decir aquello que nunca confesarían al concepto: que todavía son algo más. Que más allá del orden de las analogías, obedecen también a un juego de las diferencias. Que no enmascaran más que máscaras. Que se reconocen hoy como botín, y por tanto armas, de una guerra interminable; y no como huellas imborrables de la Verdad. Que no se rinden al rigor metodológico de un pensamiento *de las profundidades*, sino a la audacia sin límites de una imaginación *depredadora*. Que existen para ser destruidas (dejar de existir), y no para ser conservadas (existir siempre). Que da cuenta de ellas quien las trata a martillazos, y no quien intenta seducirlas con la delicadeza de la Razón. Que en lugar de hablar por sí mismas, son habladas por todo cuanto las rodea. Que no esconden nada *dentro, debajo o detrás* (vacío, hueco, sombra). Que para obtener su favor no basta con acercarlas a los ojos: es preciso mirar *a otra parte*, recabar en lo que permanece junto a ellas, y pasarlas a cuchillo.

Pierde el tiempo quien todavía encarga al Concepto la *crítica* de la Escuela. Podríamos adelantarle ya las conclusiones. El *concepto* nunca sale de sí mismo. Cuenta con la complicidad del Método para mantener la ilusión de un viaje crítico por lo real que, a fin de cuentas, siempre concluye en la línea de salida. Los conceptos creen combatir la Escuela cuando no hacen más que *chismorrear* los unos de los otros. Se invocan mutuamente para convencernos de que avanzan hacia algún lugar. Se remiten los unos a los otros para responder a cualquier pregunta, y afirman hacerse cargo de la complejidad de lo real al multiplicarse y encadenarse, al ordenarse y jerarquizarse, según figuras fijas.

No se nos entienda mal: no queremos decir que *el mundo real* se les escapa, o que por alguna oscura razón nos mienten deliberadamente. Al contrario, les reprochamos la *realidad* del mundo que han terminado constituyendo. Son sinceros: expresan la *verdad* del Orden con el que se han solidarizado. Pero no hacen nada por transformarlo. Son tan indistinguibles de él que no podríamos cuestionarlos sin conmocionarlo. La Escuela y los conceptos que tradicionalmente la han definido son una misma cosa. Pensar contra la Escuela *es* pensar contra el Concepto. Más: “pensar” es ya *resistirse al Concepto* – evitar la Ciencia. Y, aunque no estén dadas las condiciones de un “pensamiento salvaje”, sí podemos tentar la *subversión* de la metáfora. En cierto sentido, la metáfora colabora con el concepto cada vez que acepta subordinarsele; pero la *rebelión* de la metáfora enfrentaría a los conceptos entre sí, desacreditaría su pretensión de rigor y los haría servir circunstancialmente a las intenciones de la crítica.

La crítica se ha vuelto difícil porque ha inaugurado precisamente una revolución interior. Pretende despojarse de sus viejos compromisos religiosos. Se enfrenta al Concepto en el orden del discurso regido todavía soberanamente por él – nuestro orden. No quiere saber nada de la Razón, de la Verdad, del Método... Pero, cada vez que muestra interés por un objeto, se ve forzada a revolverse contra sus epígonos. No puede dar un solo paso sin combatir sus sombras, sus restos, sus huellas. De ahí que haya optado por una estrategia de la Corrosión. No acepta normas. Rompe todos los moldes lingüísticos. Mezcla los lenguajes y las funciones. A la distinción clásica entre Literatura y Ciencia, Conocimiento y Política, Razón y Moral..., no opone más que la *distancia* de la Risa. Se encuentra más cómoda entre los poetas, los locos, los visionarios, los criminales. Comparte con ellos algunas certidumbres de largo alcance: “sólo hay una escritura” y “necesitamos más que nunca la perturbación de la metáfora”. Desaparecen los géneros.

El Especialista es sólo un policía. Quien no sienta la politicidad de la forma no tiene ya nada importante que contarnos... Corromper el lenguaje es empezar a aflojar las ataduras fundamentales –Nietzsche lo anunció: “me temo que nunca nos

desembarazaremos de Dios, pues todavía creemos en la Gramática.” La Razón ordena sacerdotes a los fanáticos de un nuevo culto (religión de la cientificidad) y prepara todos los días la liturgia del Concepto para los incapaces de pensar *a la deriva*. Nuestras universidades se han poblado de fetiches, de ídolos, de reliquias. La Polla: “una patada en los huevos es lo que te pueden dar”. Habla el Esquizo: “defender una cultura que nunca ha salvado a nadie del hambre y de la preocupación de vivir mejor, no me parece tan urgente como extraer, de la llamada *cultura*, ideas de una fuerza hiriente idéntica a la del hambre.” La palabra debe *agredir*: “lo malo de los *buenos* es que son los *peores*.” No nos convence el optimismo de Gramsci. No, la Verdad ya no es revolucionaria. Sólo la Mentira *produce*, pone en movimiento. La Verdad pertenece al régimen del Concepto: atenta contra la imaginación, emponzoña el futuro. Es necesario *responsabilizarla* de la miseria. En su nombre se tortura. Recobramos la fe en la Verdad el día en que *no sólo* escriba el Poder y *no siempre* se medite para el Mercado. Mientras tanto, ejercitaremos la crítica como práctica consciente (y, por supuesto, irresponsable) de la inmoralidad:

“El corazón de Dios se abre  
como una hermosa vagina  
en misa.”

## POLÍTICA DE LA CORROSIÓN

*La Escuela comete sus crímenes en silencio, por la noche. De día prepara la munición, carga el revolver, afila la navaja*

"Tiene una mano que es invisible  
y que mata."  
A. Rimbaud

La política de la Corrosión se define por lo que deja atrás: abandona la lucha por el *programa*, el combate por los *textos*. El Irresponsable no cree ya en la eficacia de la *palabra magistral*. O mejor: sabe que, como discurso profesoral, trabaja para el Enemigo. Por eso mantiene lejos de sí los motivos *clásicos* de la "explicación", el "tema", la "lección" o la "clase". No *enseña*, no *instruye*, no *informa*. Ha aprendido algo de Nietzsche: "ni aún en sentido simbólico la palabra 'esclavo' conserva para nosotros su antigua intensidad."

Si el aparato educativo participa del *horror* no será sólo -ni principalmente- por reproducir determinados discursos, por reiterar ciertos contenidos (palabras que no sirven más que para adormecer). Su intervención policial en la forja de la subjetividad se apoya más bien en todo cuanto, *rodeando* la palabra del profesor, configura el Orden de la Escuela: organización coercitiva del tiempo y del espacio, distribución jerárquica de los papeles y de las funciones, moralización rigurosa de las relaciones, reglamentación tácita de los comportamientos y las actitudes... Lo anticipábamos: la Escuela sólo se entrega a la *barbarie* en el silencio de la noche... Detenida la palabra del profesor, queda aún la memoria, el horario, la disciplina, lo prohibido, la mirada, el hábito, la costumbre -la noche. De ahí que el Irresponsable, guerrillero de la corrosión, valore el ejercicio -fundamentalmente verbal, *diurno*- del Ingeniero, del Infiltrado o del Reformista como *algo más* que una pérdida de tiempo, casi como una forma de complicidad: simulacro de *compromiso* alimentado por la lógica docente con el objeto de reinstalar la "contestación" en el territorio de los espejismos, de los conflictos irrelevantes (ámbito del discurso y de las condiciones de repetición). Bataille escribió: "la muerte (biológica) es en cierto sentido una impostura". Quizá tenga razón. El Irresponsable huele un cadáver allí donde se deja oír la voz de un Educador. Verá siempre en el profesor -portador de la palabra- a la primera víctima de la Escuela.

El Ingeniero, pues, trabaja a pleno sol. Practica aquello que el Guerrillero, amigo de las sombras, denuncia como sofisticación de la represión. Declara la guerra a los programas oficiales, a los contenidos forzosos, a los temarios vigentes (*obsoletos*, *superados* o *ideológicos*, en su jerga). Arrincona viejos textos y estimula la circulación de nuevos discursos -presuntamente *críticos* o *desmitificadores*. En el límite, propone programaciones *alternativas*, abiertas a los intereses y preferencias expresas de los alumnos; moderniza la técnica de exposición, explotando las posibilidades de los nuevos medios audiovisuales; y organiza *de otra forma* la "repetición" del discurso -clase dialogada, dinámica de seminario, estructura de coloquio. De vez en cuando, como si cediera a la tentación de un radicalismo explosivo, promueve la participación de los estudiantes en la definición del tipo de examen y en los sistemas de evaluación...

Al aparente *progresismo* de tales iniciativas, el Irresponsable opone consideraciones bastante triviales: la renovación de los métodos no sólo no perturba el funcionamiento represivo de la Institución (basado en la pedagogía *implícita* de los modelos, las relaciones, las figuras siempre fijas, la interacción reglamentada y la *microfísica* de los poderes actuantes: operación nocturna sobre la conciencia), sino que convierte además al alumnado en “cómplice” de su propia sujeción, dispuesto a tolerar la tiranía del programa consensuado, la tortura de una instrucción que le exige ahora incluso la palabra y la violencia del examen que a sí mismo se impone como signo de una sumisión absoluta. Con ello no se modifica la naturaleza de la Escuela. Al contrario, la Institución interviene más que nunca en el carácter del estudiante y le confía las tareas enojosas de su propia coerción... La dominación pierde así la espectacularidad de antaño y multiplica su eficacia alienante. Si la Ingeniería logra transformar a cada estudiante en un *policia de sí mismo*, podrá prescindir incluso del aparato externo de coacción y vigilancia. Eliminaría los factores tradicionales de riesgo (autoritarismo excesivo, dureza inconveniente de los métodos, aburrimiento generalizado en las aulas, sensación creciente de desigualdad e injusticia,...), optimizando el rendimiento político de la Máquina Escolar: selección clasista de los estudiantes como premisa de la perpetuación de la dominación social, inculcación de hábitos y disposiciones caracteriológicas reproductivas -disciplina, obediencia, autoconstricción, competencia...-, fomento del conservadurismo ideológico (aceptación del principio de autoridad y jerarquía, respeto incuestionado de las instituciones, celebración indefinida de la democracia,...), profundización de la moral de la *doma* a través de la figura “ilustrada” del profesor/conciencia y recodificación inquisitiva de los flujos del deseo -conversión del deseo de saber en obligación de trabajar, del deseo de huir de la familia en obligación de fundar una familia,... El estudiante como “mártir” de la Causa de su agresor: he aquí el objetivo último de la Reforma, el desenlace inesperado de la inquietud *progresista*.

Con el Ingeniero, en suma, la Escuela persevera en la Infamia. Prepara *mejor* su noche. Por eso, el Irresponsable no concede al Reformador -sin duda, un cadáver- ni siquiera la inocencia de los muertos. Contempla su cuerpo corrompido como invitación permanente a la necrofilia.

Ingeniería-Guerrilla, curiosa antítesis. Frente a la soberbia en los fines de la primera (promesa de Salvación), la modestia de la segunda (voluntad de salud). Frente a la moderación en los medios de aquélla (renovación metodológica), el radicalismo de ésta (corrosión esquizofrénica). Extraña paradoja: en la Guerrilla, la modestia de los fines se acompaña del radicalismo de los medios. Paradoja, sin embargo, aparente -la medicina es difícil.

**COMEDIANTE***La Representación Errática*

"Para alcanzar lo que uno realmente cree  
hay que hablar con labios ajenos."

O. Wilde

Cuando el Irresponsable toma la palabra en la Institución, cuando se descubre *poseído* una vez más por ese Lenguaje que, desde la Deserción, corrompe al hacerlo suyo, asume de inmediato la peligrosidad del Comediante. Habla entonces como un Cómico Extraviado, configurando el nuevo orden de la Representación Errática: dramaturgia de la improvisación, de la espontaneidad, de la irremediable libertad.

El Comediante no actúa como un Profesor Erudito ("la conversación erudita es la pose del ignorante o el entretenimiento del hombre mentalmente desocupado"), no invade la escena como un Educador ameno y comprensible –"sabe demasiado bien que en nuestro siglo sólo se toma en serio a los imbéciles, y vive con el terror de no ser incomprendido". En el espacio del aula, libera la multiplicidad anárquica de su ser y construye su propia individualidad como *desplazamiento* imprevisible de los lenguajes, transmutación del carácter, disolución de las identidades, colisión de las apariencias, vértigo de la sicología. Y ello no tanto por representar, como Esquizo, cualquier tipo imaginable de profesor, cuanto por llegar a ser, al mismo tiempo, todas las figuras odiadas por la policía de la Escuela, todos los personajes ausentes, todas las actitudes prohibidas, todos los movimientos amenazantes, todos los discursos malditos, todas las palabras intrépidas, todos los gestos temerarios, todos los pensamientos imposibles, todas las sensaciones monstruosas... El Comediante quiere aparecer como una Prostituta, un Mendigo, un Parado, un Preso, un Alienado, un Enfermo, un Etarra, un Niño, una Esposa, un Revientapisos, un Delincuente, un Refugiado, una Vieja, un Padre, un Borracho, un Criminal, un Vagabundo, un Doméstico... De hecho, eleva la voz para sugerir (efectuar) el tránsito entre tales imágenes –o su hibridación. Habla para moverse entre ellas y distinguirse de cada una al contenerlas todas. No se finge Mendigo, Prostituta, Vagabundo o Etarra... Revela a los alumnos qué mendigos, prostitutas, vagabundos y etarras habitan en él; o, mejor, muestra a los demás cómo una parte de sí se entrega a la mendicidad, a la prostitución, a la vida irregular y a la lucha guerrillera, y allí se instala -porque hacia allí apunta- por un momento. No representa ningún papel: es *todos* los papeles... Como no *interpreta* nada, sólo se representa a sí mismo; sólo escenifica aquello que lleva dentro, o que llevó algún día y, por tanto, sigue llevando y llevará hasta el final; sólo actúa para mostrar qué quiere ser y, por consiguiente, qué está siendo y, de algún modo, qué fue desde el principio.

Mientras el Profesor *interpreta* "un" papel (papel del Enseñante, del Educador, del Funcionario) y debe para ello reprimir los componentes de su personalidad que no se adecúan a la lógica de la máquina escolar, el Irresponsable deviene Comediante para descentrar el modelo docente y devolver constantemente a la superficie todo aquello que la moral del Engranaje percibe como una obstrucción, un peligro, un trastocamiento, una subversión. El Comediante abandona la posición del Educador para hundirse en sí

mismo y emerger “bajo un aspecto por el que no se le podrá olvidar jamás” –juego destructor de las imágenes devoradoras, esquivas, fugaces, destemplantes. Por eso no *interpreta*: desencadena en el aula la Representación Errática que lo constituye como “actor interno”, y desarrolla su propia *autobiografía* como forma desplazada de la nueva dramaturgia de la espontaneidad.

“Poco importan tus obras, tus opiniones, tus sospechas,  
ya te presentes como un escéptico o como un santo;  
pero si nos revelas tus secretos podrás encantarnos,  
y obligar a nuestros oídos a escucharte  
y a nuestros labios a no despegarse.  
Mientras hables de ti mismo nos parecerás interesante;  
y si pudiéramos, cuando nos aburras,  
cerrarte como se cierra un libro,  
serías absolutamente perfecto...” (Wilde).

Actuación Interna: intensificar (ensanchar, profundizar, diversificar) la propia personalidad con el objeto de comprender las vicisitudes del Otro, multiplicar el ser a fin de incrementar la conciencia y expresar la aprehensión consiguiente de lo real mediante el arte de la autobiografía creativa –improvisación escénica de un Comediante que relata sólo las peripecias de su propia vida, y alude *así* a las de los demás sin pretender por ello hablar en su nombre. He ahí la disposición discursiva del Irresponsable –condición *mínima* de su reivindicación de la palabra. O la Representación Errática, o el Silencio. Describir el exterior al revelar cómo se incrusta en el propio cuerpo, *arrancarse* la realidad como jirones de la propia piel..., o callar para no incurrir en la charlatanería culpable del “educador” de siempre, pretendida *Voz delegada* de la Humanidad. De nuevo, Wilde:

“¡Qué limitado parece el espíritu de semejante ser!  
¡Cómo nos cansa y cómo debe de cansarse a sí mismo  
con sus interminables repeticiones y sus insípidas reiteraciones!  
¡Cómo carece de todo elemento de progreso intelectual!  
¡En qué círculo vicioso se mueve sin cesar!  
Así como el filántropo es el azote de la esfera ética,  
el azote de la esfera intelectual  
es el hombre ocupado siempre en la educación de los demás.”

Dramaturgia de la espontaneidad..., y de la mentira. Autobiografía que jurará fidelidad a *los hechos* allí donde el discurso rigurosamente verdadero conserve su viejo poder de perturbación, su antigua afición al escándalo. Pero que, en cualquier otro contexto, sabrá explotar las posibilidades críticas de la Mentira como herramienta de la creación artística y arma de la transformación social. El Comediante se permitirá así la ficción consciente en beneficio del *efecto de verdad* del relato, se consagrará a la mentira deliberada como mediación en la difícil búsqueda de la eficacia. La *falsedad* de su discurso nunca será sustancial: afectará al ritmo, al tono, al color de la narración. Pertenece al mundo de los recursos, del estilo, de la forma; y no al de los significados últimos. No conmovirá el desenvolvimiento del sentido –antes lo subrayará, lo realzará hasta ensombrecerse a sí misma. Trabajará para el énfasis, agazapada siempre en el filo extremo de la crítica. No le será extraña la incisión, la herida, el momento del contacto con la carne –irrumpe, corta, provoca la sangre y, suscitado el dolor, desaparece con la hemorragia.

El Irresponsable, que no puede prescindir ya de la Mentira, tampoco celebra la falsificación como un valor en sí mismo. Es la debilidad creciente de la *verdad*, enferma de tanto método, castrada por el fetiche narcótico del “rigor”..., lo que estimula su interés por la efectividad casi mágica de la Farsa. No soporta la devaluación del sentido

en el lupanar de los hechos *positivos*. Abriga una sospecha: “la *verdad* acabará asesinandonos de frío..., o de sueño”. Es preciso olvidar, aprender a ignorar, la *ciencia* del Sepulturero –todo tan obscuro, tan mortífero. Sólo al *cuchillo* (el acero despierta, la morfina mata) de la mentira le ha sido concedido el privilegio de devolver al cuerpo la vitalidad perdida, aquella invitación al exceso y al hartazgo que constituyó hasta ayer su desbordante contribución a la salud y a la fiesta –negación virtual de la Razón burguesa.

“Una de las causas del carácter singularmente vulgar de casi toda la literatura contemporánea radica, indudablemente, en la *decadencia de la mentira*, considerada como arte, ciencia y placer social”: éste es el punto de arranque de la nueva práctica teatral. Postrada la *verdad*, como desfallecida, corramos en auxilio del Vicio de la imaginación, a punto de ser condenado por la ilustrada Inquisición del *rigor*. Nuestros *educadores* sueñan ya con las hogueras en que habría de consumirse la ficción del Comediante. Saben que de la erradicación del Pecado sólo podrá surgir una nueva esclavitud, la servidumbre que padecen y quisieran contagiar a los inoralistas de nuestro tiempo (“todo arte es inmoral”): el confinamiento metodológico del científico. Proclamemos, contra el puritanismo atosigante de la Razón, el derecho a la fantasía –la *irremediable libertad* del mentiroso. Y lamentemos el oscuro porvenir de la escritura: “los antiguos historiadores nos presentaban ficciones deliciosas en forma de hechos; el novelista moderno nos presenta hechos estúpidos a guisa de ficciones.”

Por eso, la autobiografía creativa no puede contentarse con la fuerza de las palabras. Exige un *actor integral*, directo, espontáneo. Mucho más que un simple portador del relato. La Escenografía de la Representación Errática no concibe al Comediante como un insoportable “saco de palabras”. Demanda, en primer lugar, la proscripción del *intérprete* y, finalmente, el retorno de la Crueldad.

El actor natural “representa en el escenario lo que hace en la vida y se puede conseguir que *interprete* con un poco de paciencia; pero el actor integral, auténtico, sin amedrentarse por la artificiosidad de la escena, siente y piensa directamente, espontáneamente, evitando la impostura de la *interpretación* –este actor hace lo que nadie podría hacer, lo que ni siquiera él mismo lleva normalmente a cabo” (A. Artaud). Como actor directo, el Irresponsable, en lugar de *ofrecerse* para representar una determinada figura, *reivindica* -transgrediendo la humildad del intérprete- “todos” los papeles, presentes o futuros, posibles o imposibles, verdaderos o más que verdaderos. Y, si no gana esa partida (la posibilidad de la representación espontánea en la Institución), será porque está verdaderamente perdida, *pero esta vez perdida para todo el mundo*.

Aún más: no basta con la palabra. El Comediante sabe que la Escuela neutraliza el efecto específico del discurso oral mediante la multiplicación de las voces estúpidas y su entrecruzamiento con el automatismo de la escritura servil. Prepara, contra ello, “en un dominio donde la fatiga sin cesar renovada de los órganos necesita bruscas e intensas sacudidas que reaviven el entendimiento”, un Espectáculo Total destinado a interrumpir dramáticamente la atonía del aula. El retorno de la Crueldad pretenderá, a tal fin, *enseñarnos a oír por los ojos*. No se trata de suprimir la palabra en la Escuela; sino de modificar su posición, desplazándola en el tiempo y en el espacio como un objeto sólido que habrá de combinarse con otros objetos sólidos hasta constituir el *embrujo* de la puesta en escena –instrumento de magia y hechicería, *ardiente proyección de todas las consecuencias objetivas de un gesto, un sonido, una palabra, un movimiento*.

Surge así un Lenguaje Físico, una Poesía de los Sentidos que incluye el sistema de la palabra pero no se reduce a él. Procurar, a través de la *puesta en escena*, una tal Poética de lo Físico es *emplear* el lenguaje “de un modo nuevo, excepcional y desacostumbrado; es obligarle a expresar lo que no expresa comúnmente, es devolverle

la capacidad de producir un estremecimiento físico, es dividirlo y distribuirlo activamente en el espacio, es usar las entonaciones de una manera absolutamente *concreta* y restituirles el poder de desgarrar y manifestar realmente algo, es volverse contra el lenguaje y sus fuentes bajamente utilitarias, podría decirse alimenticias, contra sus orígenes de bestia acosada, es en fin considerar el lenguaje como forma de *encantamiento*.”

¿Qué cabe esperar de la Representación Errática? ¿Hacia dónde puede empujarnos un teatro que “organiza violentas imágenes físicas”, que “induce al trance y apunta al organismo con instrumentos precisos y fatales”, aprovechando el maleficio de todo cuanto sirva para “quebrantar e hipnotizar la sensibilidad del espectador”? También la respuesta *pertenece* a quien formula la pregunta: Artaud solo, sólo Artaud.

“Pues bien, yo digo que el actual estado social es inicuo  
y debe ser destruido.  
Si este hecho atañe más que a nada a la metralla,  
también incumbe al teatro.”

La dramaturgia de la irremediable libertad comparte el diagnóstico del *alienado* de Rodez: “el teatro contemporáneo está en decadencia porque ha perdido por un lado el sentimiento de lo serio y, por otro, el de la risa. Porque ha roto con la gravedad, con la eficacia inmediata y dolorosa: es decir, con el peligro. Porque ha perdido además el verdadero sentido del humor y el poder de disociación física de la risa. Porque ha roto con el espíritu de anarquía profunda que es raíz de toda poesía.” Pero la práctica discursiva del Comediante añade todavía algo más: “recuperar el sentido de lo serio y de la risa, alimentar de nuevo la tentación del peligro y la anarquía, exigen en primer lugar una *renuncia absoluta* y, a partir de ahí, un *cambio de escenario*.”

-Renunciar a una “escénica didáctica” centrada sobre la *divulgación del pensamiento* y la *repetición del saber...*, para ensayar, como quería Artaud, el arte de la provocación intelectual, de la conmoción crítica y la expectación reflexiva (arte del *hacer pensar*, adiestramiento en el olvido de lo ajeno y en el placer de la opinión personal, regreso a las primeras preguntas y a las respuestas que no se han dado, reconquista de la afirmación *huérfana* y del primitivo orgullo de hablar por uno mismo, búsqueda del discurso virginal y de la interpretación salvaje, persecución incesante del relato que no se moverá más *al abrigo de la cita* porque querrá retornar a la indefensión de la piel desnuda y sabrá agradecer el estímulo del frío verdadero).

-Y, por fuera de Artaud pero no contra Artaud, abandonar el escenario *forzoso*, la arena clásica, el tablado inmutable ante los espectadores de siempre y frente a la crítica del arte. Huir del teatro como género artístico, con *su* lugar prescrito y unas condiciones de producción y circulación ampliamente determinadas, para diseñar toda una dramaturgia de la vida cotidiana y de la lucha política en la Institución. Llevar el teatro a la Familia, al Hospital, al Manicomio, a la Fábrica, a la Escuela,... Extender la esfera de influencia de la Representación Errática, en detrimento de la hegemonía de la *interpretación*. No más “intérpretes” de Padres y de Hijos, de Enfermos y de Médicos, de Locos y de Psiquiatras, de Patronos y de Obreros, de Alumnos y de Profesores,... En adelante, el desquiciamiento de todas las formas burguesas de subjetividad; o, lo que es lo mismo, el desquiciamiento de la subjetividad burguesa bajo todas sus formas. Sin Alumnos no es posible el Profesor; sin Obreros no es pensable el Empresario. Queda toda una guerra contra los tipos de carácter, contra la propia interpretación, contra la teatralidad *represiva* de lo Social y la Razón psicológica en que se funda..., queda toda una subversión *dramática* del orden de lo Real (orden del fingimiento) en función de la cual se despejará la incógnita sobre la posibilidad contemporánea de la Ruina Política,

del Desmoronamiento Esquizoide de los Sistemas Vigentes de Poder y Dominación.

Lejos de Artaud, pero con Artaud, el Comediante marca el camino –la *senda del perdedor*, que es también la *senda del destructor*.

Bakunin: “el placer de la destrucción es un placer creador”. Enseguida, la matización de Wilde: “Sí, de acuerdo, pero, analogías aparte, *es más difícil destruir que crear*.” Padre excesivo e incorregible, Nietzsche impugna los términos de la discusión: “¿Destruir? ¿Crear? La Razón, vieja embustera, ha conseguido de nuevo que seáis *hablados* por “su” Lenguaje –no *sois* más que las palabras que os dominan. Destrucción-Creación, Fin-Principio, Negación-Afirmación..., ésas son las antinomias de la Metafísica, ése el discurso de los dioses crepusculares.” Cansado, anhelante siempre del *frío verdadero*, el Irresponsable suspende la polémica: “El Destructor es más que un Creador. La Destrucción es más Creación que la Creación. El Placer Destructivo es la forma suprema del Placer Creativo. Y si así piensa la Metafísica..., comparto su opinión –no soy libre para no hacerlo. Pero algo me dice que, incluso por su infidelidad a Nietzsche, *éste* es ya *otro* discurso –o llegará, está llegando, el tiempo en que lo sea.”

## EL RECORRIDO Y LA QUIEBRA

*Sobre la voluntad de muerte del Irresponsable*

"Jamás la grandeza es algo fortuito:  
debe ser deseada."  
V. Van Gogh

El Irresponsable está llamado a la Quiebra. No es el suyo un trabajo de la permanencia ilimitada, del enquistamiento duradero. Aspira, por el contrario, a concluir un Recorrido –una Fuga. Desconfía de los Profesionales de la Subversión inadvertidos o respetados, de los Infiltrados Perpetuos que jamás han conocido la Represión, de los Educadores *en la Libertad y en la Crítica* consolidados en su "oficio" y a salvo de toda represalia política. No cree en los conflictos incruentos, en las luchas sin término y sin víctimas. Exige del Enemigo una respuesta; desea sentir en la carne la agresión del Adversario para comprobar que no arriesga la razón en un juego tolerado y reproductivo. Opone, a la *elasticidad* celebrada del eterno infiltrado, la *rigidez* cristalina del Guerrero Suicida. Por eso, no pacta, no transige, no negocia; escapa a la deformación progresiva de los materiales elásticos y resiste como el cuarzo hasta el momento de la fractura definitiva, del estallido final –*siempre el mismo gesto y, de repente, la sangre. Y, de repente, la risa.*

Nadie sabrá nunca la presión que es capaz de soportar. Mantiene a lo largo de toda la batalla el aspecto extraviado de quien parece alimentarse de su propio dolor. De nada sirve herirle: sólo la muerte puede detenerlo. Y como no se protege, como no se defiende, como en cierto sentido busca la Caída desde el principio, arroja la duda sobre el beneficiario de la victoria.

La voluntad de muerte del Irresponsable se nutre de una sospecha: la Policía del Instituto no *vence* cuando expulsa brutalmente al provocador beligerante. Padece siempre tal medida como una especie de *disminución*, de *mutilación*, de *amputación* –el Cuerpo masacrado sigue siendo el Cuerpo de la Escuela, su Cuerpo. Por el contrario, *triumfa* cuando el rebelde encuentra (no sin su apoyo) la "forma de permanecer" en la Institución, trocando el dramatismo de la Guerra por el morbo de la Travesura.

La Policía de la Enseñanza no ha sido diseñada para *manejar el hacha*, sino para "administrar los sobornos". No tiene por objeto aniquilar la sedición tanto como someterla a reglas segundas y convertir la desobediencia interna en factor de reproducción del Orden de la Escuela. Quisiera tener siempre las manos limpias, evitar los delitos de sangre, que el recuerdo de la tortura y los descuartizamientos no perturbara más la gestión de los ilegalismos útiles. Y eso es lo que el Irresponsable impide. Por ello, la Policía *derrota* al Reformista, al Ingeniero, al Infiltrado... Y *fracasa* ante el escándalo del Suicida que le reclama en público la más atroz de las muertes, o ante la astucia del Guerrero que se derrumba sonriente bajo sus puñaladas.

Sin embargo, el Irresponsable no se precipita: antes de la Quiebra, el Recorrido. En el principio, el Esquizo y, por tanto, la Fuga, el Fraude, la Huida. El Esquizo... Ninguna escolástica de la revolución, ningún decálogo del sabotaje, ninguna Sagrada Escritura de la subversión *organizará* la heterogeneidad irreductible, la singularidad indomable, de

su práctica de la Corrosión.

## HUIR, EL ARMA

*Esquizofrenia y Corrosión*

"Presentimos una verdad que vosotros,  
pobres ratas,  
ni siquiera os atrevéis a imaginar:  
Esquizofrenia."  
Eskorbuto

La lucha política *contra* la Institución no puede concebirse al margen de un peligroso proceso esquizofrénico. El Irresponsable se reconoce como Esquizo. Representa un papel y, al mismo tiempo, representa todos los papeles. Pone en escena una figura y todas las figuras. Alimenta el *teatro* que expresamente niega. Jamás impugna *desde fuera* de su propia representación. Aparece como director, actor y espectador de su obra particular, de la obra de los otros, de *todas* las obras. Espectador fingido de los espectadores, simula incluso dirigir la obra que junto a otros teme en lo íntimo representar.

El Esquizo escapa. Escapa a toda definición porque, trabajando oscilante y hasta simultáneamente como profesor-policía, profesor-verdugo, profesor-amigo, profesor-cómplice, profesor-ausente, profesor-conciencia, profesor-experto, profesor-payaso, no-profesor, profesor-suicida..., añade siempre un *plus* desquiciante que desborda cualquier modelo y arruina la pretensión carcelaria del prototipo. Sólo su movilidad incesante le permite huir, transgredir el Orden de la Escuela hasta el momento de la *quiebra* definitiva.

Mientras el Ingeniero de los Métodos Alternativos se atrinchera en un Modelo presuntamente *progresista* o *emancipador*, convirtiéndose así en un "prisionero de su propio ideal", fácilmente capturable por la empresa legitimadora..., el Esquizo se hace cargo de la *imposibilidad de la coherencia*, de la inevitabilidad de la traición, para buscar, en la promiscuidad de las Máscaras y en la colisión de los Disfraces, la condición profunda de la Corrosión. Sabe que la Escuela siembra la contradicción en la práctica de los rebeldes y prepara luego la ilusión de la "unidad como conquista", de la "consistencia como propósito", con el objeto de agotar sus fuerzas en una guerra sin enemigos. Sabe que la neurosis espera al reformista desilusionado y pese a todo inquieto, como la esquizofrenia aguarda al irresponsable que no quiere dejar de serlo.

El Esquizo se distingue del Ingeniero en que ha comprendido que la "reforma" es sólo un *refugio* y, por ende, nada menos que una *trampa*. Y en que no reniega de la inconsistencia radical, de la incoherencia manifiesta –hasta ese punto ama Lo Necesario. Artaud lo vio: "Heliogábalo o el anarquista coronado". El Irresponsable como anti-profesor *magistral*, como pedagogo de la deseducación o educador en la anti-pedagogía.

El Esquizo huye. Huye de cada figura para caer en todas las demás, para acabar con todas las demás. *Es* lo que destruye al destruirse, y evita los lugares de complicidad al instalarse en ellos sólo por un momento y partir de nuevo hacia ningún sitio. Al borde siempre de cualquier cosa, huye de sí mismo tanto como de los otros: por eso, no se tira de los cabellos, no se queja, desconfía de los que sufren y se entretiene en los desniveles

de la risa. “A los que dicen que huir no es valeroso, responde: ¿Quién no es fuga? El valor radica, más bien, en aceptar el huir antes que vivir quieta e hipócritamente en falsos refugios. *Es posible que yo huya, pero a lo largo de toda mi huida busco un arma.*” (G. Deleuze).

“AQUEL A QUIEN LE DUELEN LOS HUESOS COMO A MÍ,  
 AQUEL QUE PIENSA POR TANTO INTENSAMENTE EN MÍ,  
 NO VE QUÉ CASA SE DERRUMBA,  
 QUÉ ÁRBOL ARDE A SU PASO.  
 PERO LA CASA SE DERRUMBA Y EL ÁRBOL ARDE,  
 Y LLEGARÁ EL DÍA EN QUE ÉL SE DÉ CUENTA”(\*)

*Se acabó “Nanterre”*

“-Verónique: Camaradas y amigos, es preciso:  
 uno, cerrar las universidades fantoches...  
 -Guillaume: Sí, sí, de acuerdo, pero ¿cómo?  
 -Verónique: ... dos, por el terror.”

*J.-L. Godard*

En 1967, A. Querrien *podía* escribir aún: “La máquina escolar no trata de fabricar un hombre libre, libre de saber, sino un hombre condenado a vender su fuerza de trabajo a un patrón, condenado a trabajar siempre más y mejor. Trata de transformar el deseo de saber, de aprender, en obligación de trabajar, en obligación de desear trabajar.”

Ese mismo año, un personaje de *La Chinoise* rendía cuentas de la ‘posibilidad’ de “Nanterre”:

“Al principio, Nanterre me fastidiaba,  
 porque es una facultad en medio de *bidonvilles*;  
 y luego, poco a poco, de todas formas,  
 me pareció que estaba bien la filosofía en los arrabales obreros.  
 En fin, que ése era su sitio.  
 En fin, sí, nos han puesto en las mismas jaulas de conejos que a los obreros,  
 pero los conejos se multiplican.  
 Y, además, por las mañanas, cuando voy,  
 me cruzo con los niños de los obreros argelinos,  
 y luego también con los mecánicos de la SIMCA...  
 Sí, de acuerdo: en fin, sí, creía que me los cruzaba,  
 pero de hecho hacemos el mismo camino;  
 es decir, que tenemos los mismos bares,  
 nos bajamos a la misma hora en la misma estación,  
 nos cae la misma lluvia...”

Era 1967. Después Mayo. Nada menos que Mayo... Y hoy, parcialmente, *otro* mundo. Ya no estamos con Querrien: ¿quién va a “trabajar siempre más y mejor”? Se acabó “Nanterre”: en adelante, y como norma, *complejos universitarios, ciudades universitarias*. Se dio fin a la promiscuidad social –colusión de estudiantes y obreros en los mismos bares, a las mismas horas, bajo la misma lluvia. A partir de ahora, el *ghetto* universitario: *aquí*, justamente *aquí*, los estudiantes y sólo los estudiantes. Al otro lado, más allá, un poco en todas partes pero siempre lejos..., los obreros y sólo los obreros.

La geografía urbana reflejará (y reforzará) así el establecimiento de “nuevas relaciones” entre los reclusos de la Escuela y los expoliados de la Fábrica. Frente al Obrero -contra el Obrero-, la máquina escolar empieza a forjar un nuevo tipo de subjetividad reproductiva: no más proletarios *dóciles* y *laboriosos*, o no exclusivamente;

en lo sucesivo -y como figuras autónomas, centradas sobre sí mismas- *también estudiantes* (es decir, individuos al amparo de la familia, tan pacíficos y conformistas como sea posible, asediados por el desempleo y la ausencia de futuro).

Como sujeto social particular, el estudiante contemporáneo apenas conservará afinidades de fondo con el asalariado *clásico* –en lugar de *anticipar* al obrero, *perpetúa* al padre. Y, al sentirse, de hecho, menos obrero (y más estudiante) que nunca, mostrará escaso interés por las vicisitudes de la clase trabajadora. Su guerra será otra: combatirá por la Difícil Emancipación de la Familia y contra la Injustificable Tortura de las Aulas. De ahí que, en el límite, conciba la adscripción al sistema productivo menos como signo de explotación que como garantía de libertad e independencia. De ahí también que (circunstancialmente) valore la conflictividad obrera como simple *revuelta de los privilegiados*. Y, en esa coyuntura, no se podrá esperar de él ninguna prueba rotunda de *solidaridad*, ningún signo inequívoco de *compromiso*. El “nuevo estudiante” no intervendrá decididamente en las luchas de los trabajadores, no hará profundamente suyas las consignas de los obreros. Sin embargo, se le verá asomar en las manifestaciones juveniles, esgrimiendo reivindicaciones no estrictamente proletarias.

De qué manera y en qué condiciones el aparato educativo, confluyendo con determinados procesos socio-históricos (entre ellos, la consolidación del paro como fenómeno social irreversible y el retroceso acusado de la combatividad obrera bajo la democracia burguesa), logró borrar de la subjetividad estudiantil las *huellas* de “Nanterre”: he aquí un problema por investigar y una de las obsesiones centrales del Irresponsable. Para preparar el terreno, conviene introducir, no obstante, un par de observaciones:

-a) En primer lugar, y como siempre, la desaprobación de la Elegía: nada hay que lamentar en el ocaso de “Nanterre” –no nos encontramos *peor* o *más atrás* que en cualquier otro momento.

-b) Por último, una vez más, el reconocimiento de la *ambivalencia* y la impugnación del *idealismo negativo*: tan cierto es que el “nuevo estudiante” plantea serios problemas al orden coactivo del capitalismo avanzado como que la máquina escolar *fracasa* en su pretensión de homogeneizar el carácter de los alumnos.

\*\*\*

*Una facultad entre “bidonvilles”*. Sí, pero aún algo más. “Nanterre” no era sólo la condición de la *interferencia* entre los ámbitos cerrados del Trabajo y la Escuela. No era sólo el índice de cierta comunión ideológica, de cierta complicidad política entre obreros y estudiantes. “Nanterre” (*filosofía en los arrabales obreros*) tenía que ver también con la tentación del Terrorismo, con la seducción de la Conciencia Separada.

Aquellos estudiantes que se confundían, *en los mismos bares y bajo la misma lluvia*, con los trabajadores menos acomodados podían sentir a menudo -en parte, por ello- la “necesidad” de desencadenar, en *su* nombre, la Revolución. Los mismos universitarios que *recitaban* (a su manera) el “marxismo-leninismo”, echaban pestes del P.C.F. y se empeñaban en extraer las *enseñanzas teóricas* de la “gran revolución cultural china”, podían -muy fácilmente- acariciar el proyecto emancipador: *liberar*, por su cuenta, a la Clase Obrera.

No era poco lo que se decidía en “Nanterre”. Alcanzaba allí una nitidez sorprendente la *crisis* de la racionalidad política clásica. De hecho, el Terrorismo (con sus insuperables aporías, pero también con su indiscutible grandeza) no hacía más que *condensar* la perplejidad de los nuevos sujetos de la protesta ante el agotamiento de la Vieja Razón Política. En “Nanterre”, y no sólo allí, *resistía* la antigua concepción

globalizante de la lucha política, organizada sobre la teleologización de la Historia (al final: el Reino de la Libertad) y la mitificación expresa del Proletariado como Redentor Profético de la Humanidad. Sí, en aquellos suburbios los universitarios más inquietos *esperaban* aún la Revolución. Allí mismo podían apreciar la *miseria* de la Clase Elegida y la *lucidez* de su Vanguardia Ilustrada –codo a codo, *en las mismas estaciones, a la misma hora*. En la Facultad, al otro lado de las chabolas, era costumbre responsabilizar a la Burguesía y a *su* Estado de todos los males sociales, de todas las iniquidades, de todos los horrores. Una *literatura* especializada en “poner al descubierto” perversos mecanismos de dominación ideológica, inadvertidos sistemas de control social, oscuras tecnologías de prevención y vigilancia política..., cerraba convincentemente los principales *huecos* del discurso contestatario y alimentaba la inconfundible *indignación intelectual* de los universitarios críticos. Pero no daba todas las respuestas: dejaba siempre en la penumbra la cuestión del *Sujeto Revolucionario*, el problema de la *Estrategia Emancipadora*.

¿Habría que esperarlo casi todo de los mecánicos de la SIMCA y de los obreros argelinos? ¡Pero si no hacían nada! ¡Si se dejaban engañar por el Gobierno o, lo que era peor, por los traidores del P.C.F.! ¡Si no habían sido convenientemente *educados* en las verdades del marxismo-leninismo! ¡Si eran presa fácil, inmediata, de todos los *perversos mecanismos*, de todos los *inadvertidos sistemas* y de todas las *oscuras tecnologías*! ¡Si parecían insensibles a todos los males sociales, a todas las iniquidades, a todos los horrores!... A un paso, la justificación del Terrorismo:

“La lucha armada de la minoría consciente contra el Estado burgués  
no tiene por objeto desencadenar la Revolución,  
tarea históricamente reservada a la Clase Trabajadora;  
pero contribuye poderosamente  
al establecimiento de sus condiciones de posibilidad  
desde el momento en que,  
1)desenmascara la brutalidad encubierta del aparato represivo del Estado  
y su funcionamiento estrictamente antipopular y antiproletario,  
2)perturba la hegemonía ideológica de la burguesía dominante  
al multiplicar los problemas de legitimación del sistema político vigente  
y suscitar contradicciones en el seno de las fracciones de clase  
apoderadas de la maquinaria estatal,  
y 3)estimula consecuentemente la voluntad de lucha de los colectivos oprimidos  
y les facilita la infraestructura organizativa precisa  
para llevar a buen término la primera fase de la Revolución Proletaria.”

No nos engañemos: el Terrorismo de nuestro tiempo deviene como la “forma-refugio” de la lucha revolucionaria en la coyuntura histórica de la *crisis* de la Razón Política Moderna –ruina de su fundamentación aún metafísica. O, en otros términos, las categorías políticas que lo inspiran (la Verdad Abstracta y su Portador Ilustrado, el Sujeto de la Historia y la Minoría Consciente, el Progreso Necesario y la Liberación Absoluta,...) hunden sus raíces en el mismo *suelo* logocéntrico que los fascismos históricos, la democracia liberal o las experiencias estalinistas –la Ratio burguesa. Ése es también el *suelo* de “Nanterre”, y de su sincero y apasionado obrerismo. Por ello podemos hoy “amar” la Facultad de los *bidonvilles* sin lamentar su decadencia; rendir tributo a la beligerancia constante de los universitarios *del arrabal* sin ensayar una “descalificación moral” del terrorismo que animaba. Nietzsche lo advirtió: “¡Vivir significa ser cruel e implacable con todo lo que en nosotros y fuera de nosotros se debilita y envejece!” “Nanterre”, implacable, hermosamente *cruel*, terminó haciendo suyo el sentimiento de Ivonne, en *La Chinoise*: “Sabe, cuando el sol se pone, se pone completamente rojo y después desaparece; pero para mí, en mi corazón, el sol no se pone nunca. Eso es.”

\*\*\*

Mil novecientos noventa y... Ha cambiado el *escenario* de la contestación tanto como el *sujeto* de la protesta. No hay chabolas en los complejos universitarios. Ni son muchos los estudiantes que se entretienen en extraer las *enseñanzas teóricas* de no sabemos qué Gran Revolución. Menos grandiosa, nada apocalíptica, un poco más laica, terrenal de lado a lado, la lucha -sin embargo- *continúa*. Quizás sea ya más exacto hablar de *las luchas*, como sostienen los universitarios que recuerdan Mayo y enterraron “Nanterre”. Y es que un nuevo discurso *frecuenta* sus bocas, aprovechando el descrédito del texto marxista-leninista. En cualquier caso, es “otra” lucha. Y cuenta con “otros” portavoces.

De entre ellos, algunos dirán que la *resistencia* ha ocupado el lugar de la vieja Revolución. Y que ya no podemos reconocer en la Clase Trabajadora al *sujeto* de una Emancipación Inminente. En parte porque, una vez reducido al silencio el Obrero Abstracto de la Metafísica (no sólo lukacsiana), pudo por fin tomar la palabra el obrero real *de todos los días en cada fábrica*; y, ni habló entonces como cabía esperar del futuro Salvador de la Humanidad, ni demandó nada que hubiera de llevarnos repentinamente al Mejor de los Mundos Imaginables. Nos dirán también que es preciso buscar *en otra parte* a los nuevos sujetos empíricos de la protesta. Que algo se mueve entre los *escombros* de la Marginalidad y bajo la Paz del Paro, que algo trama la Juventud Escolarizada. Intentarán convencernos de que es necesario abandonar la perspectiva globalizadora (óptica de la Revolución Unitaria), para atender a la inversión cotidiana de los *poderes* en una multiplicidad sin regla de “espacios de lucha”, dispersos, locales, fragmentarios. Querrán que llamemos menos la atención sobre la *maldad* evidente del Gran Burgués y su Estado Opresivo, y que concentremos nuestra mirada, tanto como la de los demás, en cierta *microfísica del poder* apenas advertida pero -por lo que cuentan- secretamente terrible. Y que comentemos las luchas de las mujeres contra los hombres, de los hijos contra los padres, de los presos contra el funcionariado de prisiones, de los locos contra los psiquiatras, de los enfermos contra los médicos,... con la misma expresión *grave* con que relatábamos la guerra “definitiva” del Trabajo contra el Capital. Verán en este modo de proceder, al que nos invitan con un montón de autores franceses, el signo de una superación tentativa de la racionalidad política moderna. Y será forzoso darles, *en parte*, la razón...

El Desertor, tras compartir buena parte de su Fuga con uno de esos *jóvenes filósofos*, registró así la discusión que desarrolló aquella incipiente amistad:

“De acuerdo –apunté, interrumpiendo a Michel. No hay Clase Elegida. Ni Paraíso Comunista. Ni Revolución Total. Ni Emancipación Absoluta. Ni Leyes de la Historia. Ni Progreso Necesario. Ni Razón Pura. Ni Verdad Intemporal. Ni Redención de la Humanidad. Ni Reino de la Libertad. Ni Vanguardia Ilustrada. Ni Minoría Consciente. Ni... Pero eso ya lo sabíamos por Nietzsche. E incluso por *cierto* Marx –no el Marx de la tradición marxista, claro... ¿Por qué habláis entonces como *citando* una nueva Verdad, una Verdad inédita, escandalosa, casi la última Verdad? ¿Por qué habláis como si me hiciérais un gran favor, como si estuviérais destinado a sorprenderme con cada frase? ¿Dónde habéis aprendido a *repetir* con tanta arrogancia, como si fuese vuestro lo que ya es de todos?...”

- Me gustaría seguir. Luego os respondo -se limitó a contestar, como si no concediera demasiada importancia a lo que acababa de oír o como si en realidad hubiera estado más preocupado por la continuación de su discurso que por lo que yo pudiera oponerle-... No totalicemos. No instituyamos por doquier continuidades imaginarias. No reduzcamos todos los enfrentamientos a un esquema binario, a un motor *reificado*. No nos

permitamos ni por un momento la *indignidad de hablar por otro*. No sintamos de nuevo la tentación de *hacer la revolución por los demás*. Retornemos al hombre de carne y hueso, y evitemos el “prejuicio aristocrático” que lo representaba como un pobre infeliz, alienado, mixtificado, engañado. Mantengamos lejos de nosotros la figura del Predicador que consagra su vida a la *transformación* de los hombres y a la *recuperación* de la clase obrera para la Verdad y la Revolución...

- Muy bien, muy bien... Pero, mirad -atajé, otra vez-. Reconoced al menos que gran parte de eso ya estaba en las obras de Nietzsche. Que incluso podría deducirse de una *determinada* lectura de Marx... En fin, no quiero seguir por ahí... Permitidme, sin embargo, que os guarde las distancias: ¿Qué os dejáis atrás? ¿Qué estáis a punto de olvidar? ¿Qué es lo que vuestra *rectificación de la perspectiva* corre el riesgo de desatender? ¿No perdéis de vista algo todavía muy importante? Os acepto sin reservas que *la lucha* ha cambiado de naturaleza y de agente, de finalidad y de motivación, de objetivo y procedimiento. Pero, si no hay nada que *lamentar* en el ocaso de “Nanterre”, tampoco hay nada que *celebrar* en el desplazamiento contemporáneo de la praxis: la posibilidad de una cancelación del *trabajo alienado* se aleja en las sociedades democráticas y la nueva proliferación de los “frentes de lucha” no opera precisamente a su favor -por lo menos de forma inmediata-; la crítica radical del “ex-socialismo” del Este (por fundada que parezca) amenaza con arruinar el único modelo efectivo al que podría aferrarse todavía la clase trabajadora, entregándola, sin alternativa *visible*, a la coacción ininterrumpida del Capital. Se impone, más que nunca, la tarea de “pensar” las articulaciones entre las protestas *descentralizadas*, anárquicas en cierto sentido, de que me habláis, y la exigencia legítima de una supresión del trabajo alienado. No se trata, por ejemplo, de volver al “Estudiantes y Obreros” de Nanterre; pero sí de superar el “Contra el Obrero..., el Estudiante” de nuestros días. Aún reconociendo el interés estratégico de los *espacios de conflictividad* recién subrayados (hogares, prisiones, manicomios, hospitales, escuelas,...), y la peligrosidad política tanto de las nuevas luchas antiautoritarias como de la negación contemporánea del modelo dominante de *subjetivización* (por los hijos, por las mujeres, por los estudiantes,...), será preciso admitir que no es concebible una transformación profunda del actual sistema sociopolítico sin la intervención decidida del proletariado —entendedme: de ese colectivo social que, con empleo fijo o sin el, se halla forzosamente adscrito al orden de la Producción. ¡Y eso es lo que vuestro discurso no parece tener suficientemente en cuenta! Quizás porque os pierde ese *determinismo político* que tan insolentemente asoma bajo vuestros silencios, y no sabéis qué hacer entonces con la “mediación” de lo Social. Quizás porque os rendís ante un torpe *fetichismo del Poder* y no sois capaces de afrontar la trivialización de lo Económico en que se funda, o, simplemente, porque vuestra *impaciencia teórica* os lleva a prescindir rabiosamente de la “racionalidad política clásica” cuando todavía no disponemos de nada mejor con que sustituirla —y no están los tiempos para aventurismos filosóficos. ¿Es que no habéis leído a ese colega vuestro que habla de la dificultad de la “deconstrucción” y de la necesidad de trabajar indefinidamente *al interior* de la antigua cadena conceptual, hasta que -como resultado de esa misma práctica contradictoria- surjan los rudimentos de la futura teoría? ¡Tened cuidado porque vosotros, los asistemáticos, todavía no os habéis liberado de la vieja *voluntad de sistema* —y de Sistema Ahora, de Sistema Ya! ¡Sabed, de una vez por todas, que vuestra *destrucción* del marxismo sigue siendo demasiado sistemática! ¡Y que en nada se parece a mi *deserción*! ¡Imbéciles! ¿Por qué no os vais *por ahí*, a acariciar con vuestro discurso florido los negocios prósperos de la burguesía de siempre? ¿Por qué no os buscáis, mejor, un buen manicomio y adornáis así vuestra figura con esa *aura* ridícula y risible que construís alrededor de los locos? ¿Qué sabréis vosotros de la

verdadera *esquizofrenia*? ¡A la mierda!”

Y dicho esto, sin permitir que su antagonista tomara la palabra, el Desertor agarró el sombrero *checoslovaco* que le acompañaba desde la Fuga y se marchó en busca de algún Terrorista con el que seguir discutiendo.

\*\*\*

... Y se marchó en busca de algún Terrorista con el que seguir discutiendo. No lo encontró porque, como ya sabemos, *se acabó* “Nanterre”; y tuvo que contentarse con un Estudiante en Huelga que andaba repartiendo, entre los viajeros perpetuos y como si se escondiera de ellos, una extraña octavilla. Tras leerla con indisimulada simpatía, el Desertor se alegró de haber tratado tan injustamente al Joven Filósofo. Y volvió a pensar que era forzoso darle, *en parte*, la razón. Decía así, el panfleto del Estudiante:

#### LA CULTURA ES TORTURA

(Sobre la huelga de los estudiantes y la policía del Instituto)

Hasta hace algunos años, todavía podía afirmarse, con A. Querrien, que “la máquina escolar tiene por función transformar el deseo de saber, de aprender, en obligación de trabajar. No trata de fabricar un hombre libre, libre de saber, sino un hombre condenado a vender su fuerza de trabajo a un patrón, condenado a trabajar siempre más y mejor.” Podía pensarse también que la rígida estructura *carcelaria* de la Escuela, forjada en su figura moderna durante los siglos XVIII y XIX con el objeto de encerrar a la población joven sin trabajo (pobres, vagabundos, expósitos,...) y garantizar así tanto el mantenimiento del orden público como la formación de un proletariado dócil y laborioso, continuaría reproduciendo indefinidamente la desigualdad social (Bourdieu) y aniquilando con su característica eficacia la capacidad crítica de los jóvenes. Pero, desde los años 60, debido a ciertas modificaciones de fondo de la sociedad capitalista, la efectividad *represiva* de nuestros “centros de domesticación” parece trastornarse: la progresión indetenible del paro plantea, definitivamente, la ausencia de futuro y, con ello, desquicia los objetivos clásicos del sistema de enseñanza. Para la juventud escolarizada, en todos sus niveles, ya “no hay futuro” (Sex Pistols). Y, al desaparecer el futuro -incluso como trabajo alienado-, se pierde también la *última* razón para soportar la *tortura* de las aulas.

Significativamente, los teóricos contemporáneos de la Escuela empezaron entonces a confirmar aquello que los estudiantes venían *presintiendo* tiempo atrás, aquello que de alguna forma ya sabían: que los programas, los manuales y los contenidos están pensados para *excluir* del aula cualquier discurso perturbador (crítico) sobre el orden social y sobre la propia institución educativa; que lo realmente importante, lo que hoy puede preocupar a los jóvenes, aquello que despierta su curiosidad y su interés, es precisamente lo que no se dice en clase, aquello de lo que no se puede hablar, todo cuanto se margina de la programación oficial y del libro de texto (Foucault); que la *violencia* del examen funciona como instrumento de control social, destinado a extirpar el deseo de aprender y fijar a cada uno en su puesto social de partida (Passeron); que los métodos dominantes de enseñanza, reforzados por toda la *mecánica policial* de los temarios, la asistencia más o menos controlada, la evaluación autoritaria,

la coacción de los padres vigilantes,  
el despotismo ilustrado de los reglamentos de régimen interno,...  
han pretendido siempre producir un sujeto "acrítico", obediente, conformista  
(buen hijo, buen estudiante, buen obrero si hay suerte,  
buen parado en todo caso, buen padre, buen ciudadano  
y, finalmente, una tumba más en un cementerio de buenos demócratas),  
es decir, el tipo de hombre que los poderes políticos y económicos  
necesitan fabricar para perpetuar su dominación.

Y esas certidumbres, semiadvertidas por buena parte del alumnado  
y esporádicamente denunciadas  
por la reflexión moderna sobre la Escuela (Apple),  
se hallan en la base de las recurrentes movilizaciones estudiantiles.  
En este sentido, las huelgas de los estudiantes vienen demostrando,  
de una u otra forma, que, afortunadamente,  
la "prisión" del Instituto fracasa en su intento de conjurar  
los efectos de las nuevas contradicciones sociales  
mediante la simple *reclusión* de los parados potenciales  
y la transformación *pedagógica* de su conciencia.  
Demuestran que los jóvenes, cuando se defraudan sus expectativas,  
son capaces de resistir, de negar el modelo de socialización  
a que les somete el orden burgués.  
Y, aunque las reivindicaciones suelen girar  
en torno a puntos máximamente concretos,  
el éxito de las convocatorias y la envergadura de los conflictos suscitados  
revelan que los estudiantes ya no se "creen"  
la retórica académica sobre el Instituto,  
como tampoco toleran, con la complacencia de otro tiempo,  
la *represión*, por la máquina escolar, de sus deseos más espontáneos  
(deseo de saber, deseo de huir de la familia,  
deseo de relación con el otro, deseo de diversión,...)

"No hay futuro", el lema *punk* de los setenta, empieza a ser sustituido  
por una consigna explosiva: "tu futuro, subversión".  
Nuevos discursos aparecen por la superficie social,  
sostenidos por quienes no han claudicado ante el sistema educativo:  
"mierda de enseñanza, la vamos a quemar", "protesta y sobrevive",  
"¡Desecho Social: Resiste!", "la cultura es tortura", "no les des tregua"...  
Nutriéndose de las disfunciones del aparato educativo,  
y ante la crisis general de las concepciones de la política clásica,  
emerge en nuestros días un nuevo sujeto social de la protesta.  
También en él parece refugiarse la posibilidad de escapar  
a ese fascismo de nuevo cuño (Subirats)  
hacia el que apuntan, por caminos inéditos, las democracias de Occidente.  
SALUD

\*\*\*

-“Este texto no es tuyo -sentenció el Desertor-. Me resulta familiar esa manera de *fingir* seriedad, ese modo de *escenificar* el rigor o *representar* la coherencia...”

-“No, es de mi profesor, mi amigo. Un negro, un polaco, un loco, una mujer, un niño, un judío, un preso, un esclavo...”

-“No sigas, le conozco. Es del Irresponsable, como a sí mismo se define. Sabrás, si le conoces bien, que persigue el discurso de la eficacia y, por tanto, es capaz de callar como nadie. Que su escritura nunca es inocente. Que juega sucio porque le ha perdido el respeto a la Verdad y se encuentra más cómodo entre lo contingente, lo precedero, lo que vale hoy sí y ya no mañana, lo que pertenece a este instante y no al siguiente. Sabrás que ese negro, ese polaco, ese loco, esa mujer, ese niño, ese judío, ese preso, ese esclavo, tu profesor, tu amigo, no cree en la *autenticidad* y se lo juega todo, por cualquier cosa, en cada momento. Esa es su forma de ser absolutamente sincero, más sincero que tú y que yo, sincero hasta la esquizofrenia, hasta el delirio, hasta la risa.”

-“Lo sé, lo sé. Frecuento su compañía. Recuerdo, por ejemplo, las discusiones que

mantuvimos sobre la Huelga... Yo creía descubrir por todas partes indicios alentadores, signos de un futuro luminoso, pruebas de que tentábamos la diferencia y el porvenir – aquél carácter lúdico de las jornadas de lucha, el descrédito creciente de las organizaciones *representativas* y de los mecanismos *democráticos* de decisión y gestión,... Y él me desarmaba pacientemente, sin acritud, anotando viejos peligros y nuevas dificultades: *¿Olvidamos entonces la cuestión social? ¿Cuidado con la Reforma! ¿Buscamos un Ingeniero de los Métodos Alternativos? ¿No se nos estará utilizando para ocultar el recrudecimiento de la protesta obrera?...* Yo me entusiasmaba como quien sale del túnel, y él conservaba el ánimo templado de quien intuye que no hay más que túnel y está bien así. Allí donde yo imaginaba un polvorín, una bomba de relojería, él percibía no sé qué turbia maquinación, algo parecido a una emboscada –una cierta manera de reconducir las *energías* contestatarias, alejándolas de los lugares claves de la dominación social y del colectivo oprimido por excelencia. Siempre lo decía: “No se trata de volver al ‘*Estudiantes y Obreros*’ de Nanterre; pero sí de superar el ‘*Contra el Obrero..., el Estudiante*’ de nuestros días.””

El Desertor, que empezaba a reconocerse en aquellas palabras, sintió bruscamente la necesidad de cambiar de tema y hablar de sí mismo como de un extraño:

-“*Sabes, después de la Deserción transcurrió un tiempo en que se prestaba tan poca atención a sí mismo que sus ideas le pasaban casi desapercibidas, y tenía que apresarlas cada noche ante el papel para no equivocarse de pensamiento por las mañanas y recordar aproximadamente quién era ése que se despertaba en su cuerpo...*”

---

(\*) Líneas de Antonin Artaud.

**SE HARÁ PERDONAR**

*Sólo sobrevive una pedagogía:  
pedagogía del moribundo, ruina de la pedagogía*

"Aquí uno sólo hacía lo que la situación mandara,  
fuera lo que fuese."

D. H. Lawrence

Allí donde los alumnos *rodean* a un profesor, continúa la "clase". Y la multiplicación de la eficacia compensará la trasgresión del temario. Ese es el mayor triunfo de la Institución, el más perverso de sus propósitos: la actuación pedagógica sobre la conciencia pierde de una vez su apariencia inmediatamente coercitiva. Los estudiantes pueden, por fin, *desear* la clase. Ya no son buscados por el profesor/policía en el espacio cuadrangular del aula: son ellos, por el contrario, quienes persiguen al profesor *fuera* del horario lectivo. Esperan que, como un *predicador*, les hable de cuanto escapa al programa. Comienza entonces *otra* instrucción, la más nociva de las enseñanzas.

Nos surge una sospecha: la pedagogía explícita, la instrucción del aula, del temario, de la disciplina..., no tiene otro objeto que preparar esa pedagogía *implícita*, esa instrucción de los pasillos, del bar, de la evasión del programa, de la relajación y de la afabilidad. Y sólo la violencia (insoportable) de la enseñanza represiva puede asegurar la irrupción de una *voluntad de fuga* canalizable hacia la pedagogía profunda de lo informal. Es preciso que el alumno quiera escapar del profesor/policía para que caiga en las redes del profesor/predicador. Es preciso que el profesor desee huir de la figura del tirano (huir del aula) para que asuma el papel inadvertido del sacerdote (en la calle). Es conveniente, por último, que el agobio de la dominación directa de los alumnos por el profesor engendre el deseo de un tipo menos rígido de comunicación. Por oscuras razones, la nueva *relación*, en lugar de promover una inversión efectiva de los poderes, instaurará formas más sutiles de coacción y control.

El profesor dará paso al Profesor. La didáctica de la fuerza cederá ante la didáctica de la simpatía. Se puede (se debe) *odiar* al profesor. Sin embargo, el Profesor sólo suscita amor o indulgencia. El chantaje de la *amistad* debilitará la voluntad de resistencia de los estudiantes y les hará perdonar el fascismo de la Escuela. El viejo policía de la subjetividad (un mercenario) recibirá *sonrisas* allí donde debería ser combatido a *muerte*.

No es sólo el espacio del aula lo que dota de *autoridad* al profesor, no es sólo la legislación que concentra en su persona los atributos de un policía y un verdugo. Cierta desnivel sustancial (de edad, de formación, de experiencia) levanta un "muro" entre las figuras, *forzadas* a la comunicación, del profesor y del alumno. El profesor no está *al otro lado* del muro, sino *encima*. El muro persiste fuera del aula. En cierto sentido, el profesor es sólo ese muro en forma de "podium". Cualquier relación entre éste y el estudiante, cualquier intercambio, reproduce la eficacia del *podium*: distancia (vertical) y diferencia (de régimen). Diferencia de saber y de poder, de interés y de deseo. Distancia en la jerarquía, en la gradación, en el orden, en la serie. Diferencia y distancia

entremezcladas, confundidas: la distancia en la jerarquía es diferencia de poder, la diferencia de saber es distancia en la gradación. Distancia y diferencia unificadas por el muro como *materia* del podium.

Destruir el muro es abdicar de la autoridad... Sólo así puede el *educador* recuperar la inocencia (el derecho a la vida). Pero no es fácil, no es sencillo horadar el muro. No sabemos bien cómo perforarlo, cómo atravesarlo. Atentar contra el muro es, además, peligroso. Los cascotes pueden caer sobre el profesor (contingencia incluso deseable) o sobre los alumnos. El mismo viejo policía puede precipitarse sobre los estudiantes y herirlos involuntariamente antes de morir –torpe suicidio.

Tampoco sabemos qué queda de un profesor cuando el muro se desmorona. Fundamento del poder profesoral, el podium aparece al mismo tiempo como elemento de *seducción* y garantía de *preeminencia*: sólo el muro confiere a la palabra magistral cierto efecto de *resonancia*, cierta superioridad sobre el discurso de los demás. Sin el podium no es posible la clase: surge otra cosa. ¿Absentismo premeditado? ¿Complicidad? ¿Tortura desnuda del reloj y de la arquitectura? Todavía algo más –ya en el límite: al renunciar a la autoridad, el *educador* acepta convertirse en “víctima” de sus alumnos. Se invierte entonces el sentido de la violencia. No sobrevive más que una pedagogía: pedagogía del moribundo, ruina de la pedagogía. El viejo policía sólo rescata el derecho a la vida para permanecer indefinidamente en la *agonía*. Sólo es inocente mientras muere.

**SIN HOGAR***Nómada, siempre nómada*

"Cuando caiga, lloraré de felicidad."

S. Beckett

Sin Hogar. El Apátrida se declara "nómada, siempre nómada". Nada logrará jamás detenerle –retenerle. Nadie lo poseerá. Nunca se convertirá en el siervo de sus propiedades, recluso de la Familia, esclavo de una pasión. Para aprender a huir tuvo que abandonar primero el Hogar de Sus Padres y, más tarde, Su Propio Hogar. Para enseñar a huir tendrá que abandonar además el Hogar de Sus Gentes –esos amigos "bastante escandalizadores pero monocordes a su manera", aquellos bares inequívocas, las conversaciones del café rojo, las preguntas exigidas y las respuestas de siempre tan exaltadas como siempre, las ceremonias narcóticas de la Lucha de los Lúcidos y los ritos *tranquilizadores* del Viejo Compromiso... Abandonar el Hogar de Sus Gentes: sin duda, la deserción definitiva, la huida *en* la huida y hasta *de* la huida, la fuga que ya es la Fuga.

"Murió de oscuridad": eso dicen. Cuando advirtió el Apátrida la muerte de aquel Infiltrado que se soñaba *eterno* (según dicen, murió de oscuridad), redactó de un tirón la *Elegía del Niño de Luto* y empezó a desconfiar profundamente de quienes *permanecen* ENTRE QUEJAS; comenzó a sospechar cada día más de cuantos se deshacen EN LAMENTOS pero -pese a todo- *permanecen*, y llegan incluso a consumirse EN LA DESESPERACIÓN para *permanecer* también de esa forma. Intuyendo de nuevo un Engaño, persuadido de que el Infiltrado murió ciego, por una sacudida de Luz, parálítico (él lo sabe: murió de inmovilidad, bajo el Sol excesivo que te ata a las sombras menguantes –murió de inmovilidad, aferrado a la sombra cobarde del bienestar, secado al Sol de la felicidad mecánica, ciego de tanta Claridad, parálítico por no moverse, por *permanecer* como una roca donde le habían enseñado), decidió bruscamente echar a correr, preparar la más radical de las evasiones, el último viaje, la *única* ruptura: transgredir de una vez el Orden del Salario, destruir en lo que a él concernía la Prisión del Funcionario, escapar del Trabajo. "No volver a trabajar y, por tanto, renunciar a la procreación": así definió su modo particular de saltar sobre el peligro, evitar la compañía de la muerte y prenderle fuego a la Casa para que no continúe forjando cadenas de carne y sangre. Una Ruptura tal no esconde ya secretas continuidades, no promueve insidiosamente el enmascaramiento de Lo Mismo bajo el falso ropaje de Lo Inédito. Como Último Viaje (desplazamiento vertical, desprendimiento), borra todas las huellas, arrincona la fidelidad al pasado y transforma repentinamente al viajero – construye al Viajero como negación festiva de cualquier Refugio, de cualquier Hogar, de cualquier Patria. La Evasión Radical: reivindicación *inactual* del vagabundo, de la intemperie, del cielo proscrito por nuestros techos conyugales y a punto de ser alquilado.

El Apátrida abandona la Escuela porque no puede soportar por más tiempo el Éxito momentáneo de su práctica corrosiva. Suspende la lucha política en la Institución porque no aguanta ni un segundo más la Victoria provisional de su estrategia del

sabotaje. Sentirse molesto por arraigar en el éxito, saberse incapaz de instalarse en la victoria: he aquí la señal del Apátrida. “Huyendo a tiempo...” Sólo así conserva la esperanza de que la Máquina no termine *integrándolo* como signo de salud, resorte del Engranaje, dinámica reproductora. “Recuperemos el sentido de lo perecedero y echemos a correr antes de que se nos atrofién las piernas –o nos las roben” : esta es su consigna. “No ve nada duradero. Pero por eso mismo ve caminos por todas partes. Donde otros tropiezan con muros o montañas, él ve también un camino. Y como lo ve por todas partes, por eso tiene siempre algo que dejar en la cuneta. Y no siempre con áspera violencia, a veces con violencia refinada. Como por todas partes ve caminos, siempre está en la encrucijada. En ningún instante es capaz de saber lo que traerá consigo el próximo. Hace escombros de lo existente, y no por los escombros mismos, sino por el camino que pasa a través de ellos.” (Benjamin).

La Corrosión del Apátrida nunca fue un Proceso. Es un Tajo, una Herida, una Incisión. Menos un cáncer que una puñalada. No opera por infiltración y crecimiento. Actúa por Invasión y Retirada. Su modelo no recuerda en nada al de la Guerra Tradicional. Antes se reconocería bajo el paradigma del Terrorismo –o, mejor, de la Guerrilla. Y el Apátrida (*un “asalto”, un “ataque”, una “incursión”*) jamás encarnará a la Célula Terrorista, jamás representará al Ejército Guerrillero: deviene simplemente como *una* de sus tentativas, *una* operación entre otras, *una* emboscada más. No aparece como el Enemigo descuadrillado de la Institución: perturba como un atentado. No es el Adversario, sino *esa* adversidad. No el Agresor, sino *esta* agresión.

Y ello porque la lucha política contra la Escuela no reconoce un Sujeto Unitario, un Agente Privilegiado. Procede menos de la voluntad de resistencia de un colectivo particular, de una organización concreta, que de la sucesión, sin regla ni ritmo, de los asaltos dispares (el fraude de un alumno, la desidia de un padre, el error de un burócrata, la irresponsabilidad de un funcionario...). La Avería del Dispositivo Escolar no remite tanto a la *colisión* frontal con otra imaginada Máquina de la Contestación como al movimiento defectuoso de alguna de sus piezas, al dinamismo disfuncional de su propia estructura.

No, no existe un Sujeto de la Lucha contra la Institución. Por eso, el Apátrida desacredita, desde la Fuga, la *ilusión* de la Eficacia Sostenida, de la Efectividad Duradera –llega un momento en que el gesto negativo, repetido indefinidamente, se *recupera* como una nueva forma de la afirmación...

“Tirar. ¿Y después? Quitar.  
Paz para nuestras... posaderas.  
Y volver a poner. Llegamos.  
Un poco de poesía...  
Tú llamabas. Reclamabas el atardecer.  
Viene. Desciende: helo aquí.  
Instantes nulos, siempre nulos, pero que cuentan,  
pues la cuenta está hecha y la historia terminó.  
Si pudiera tener a su hijo con él...  
Sería el momento esperado.  
¿No quiere usted abandonarlo?  
¿Quiere que crezca mientras usted disminuye?  
¿Qué le dulcifique los cien mil últimos cuartos de hora?  
¡Oh, le enfrenté con sus responsabilidades!  
Bien, ya está, aquí estoy.  
Ya basta. ¡Sí, es cierto! Bueno.  
¡Padre! Bueno. Llegamos.  
¿Y para terminar? Tirar  
¡Tomad!  
¡No!  
Bueno. Ya que jugamos a esto así...,  
juguemos a esto así...”

*y no hablemos más... ,  
no hablemos más" (Beckett)*

Al reaccionar contra la *culpabilidad* de los que permanecen, al denunciar su *complicidad* por inmovilismo, el Apátrida pretende esquivar, por lo menos, el destino de aquel infeliz -embriagado de buenas intenciones- que murió paralítico por representarse a sí mismo como Proceso, Cáncer, Encarnación de la Guerrilla, Agente de la Lucha, Enemigo, Adversario Perpetuo, Sujeto, Máquina y Antagonista de la Máquina, Promesa de Destrucción y Garantía de Sustitución... Pensando en él, en su ceguera y en su parálisis, en su modo de citar a la muerte y acudir a la hora prevista -porque para él *acudir es no moverse-*, redactó una Elegía que es también una Advertencia y una Despedida: la *Elegía del Niño de Luto*.

**TRES LLUVIAS DESPUÉS***Elegía del Niño de Luto*

Desencajada sonrisa de otro niño de luto,  
perdido en la inmensidad de la tristeza  
como un perro  
encharcado  
en medio de la noche.

El niño balbucea palabras de dolor enfermizo  
mientras contempla atormentado  
la mentira de su cuerpo  
y la hipocresía de su cuerpo.

Por dos veces agachó su corpacho  
dolorido  
para arrojar piedras sin camino  
a un camino  
tan próximo como distante.

Por dos veces brillo su costado desnudo,  
exhalando hedor a trabajo  
en porquería.

Miró a un lado y a otro  
en demanda de un pedazo  
maldito  
de pan, de ayuda o de aire puro,  
pero sólo encontró el estiércol  
de todas las horas,  
en el mismo lugar de siempre,  
con la amenaza de nunca.

Embarró sus pies  
y embarró sus piernas  
con la delicadeza de un cerdo sofocado,  
y restregó por el muladar de su rostro  
unas gotas brutales de agua  
sucia.

Levantó la cara al sol de infierno  
y cerró los ojos al peso del cansancio.  
Quiso andar hacia alguna parte,  
pero nada ni nadie le esperaba.

Lo comprendió al ver el salto

viejo  
del gato  
y se arrodilló descoyuntado para besar el suelo,  
de donde lo recogieron  
tres lluvias después  
por enterrarlo.

## FANTASMA DEL CASTIGO

*Sobre la forja del profesorado*

"Por cariñosos que seáis,  
por amena que sea vuestra conversación,  
por bondadosos, afables y simpáticos  
que os mostréis en el trabajo y en el descanso...,  
jamás mereceréis nada,  
a excepción del desprecio."

**a . Makarenko**

Del lado del profesorado, ¿qué factores pueden perturbar hoy su tradicional vocación legitimadora, su característica eficacia ideológica? Cada vez menos -acaso ya en absoluto-, la lectura no dirigida (Cioran: "Deberemos vestir luto por el hombre el día en que desaparezca el último iletrado"), la investigación social no reglamentada. Más que nunca, y a otro nivel, la fuga de las expectativas de promoción individual, la certidumbre del límite en el propio trabajo, el hastío provocado por la rutina de la enseñanza indefinida... Muy especialmente, el contacto con el sujeto empírico de la protesta, la promiscuidad social en sentido amplio (experiencia del dolor, de la miseria, de la muerte).

Para conjurar tales *principios de riesgo*, las modernas Reformas Educativas preparan los siguientes expedientes:

### 1) LA PROLONGACIÓN DEL TIEMPO DE VIGILANCIA *CIENTÍFICA* DE LOS RECIÉN LLEGADOS –FUNCIONARIOS SALVAJES.

El opositor que supere las pruebas de acceso deberá soportar a continuación dos o tres años de censura *pedagógica* a cargo de instancias diversas pero necesariamente *adictas* a la Institución (un tutor catedrático, un inspector, un consejo escolar exultante de "ideología de la educación"...). Durante ese período, la iniciativa personal, la voluntad de cambio, la simple inquietud laboral... se verán refrenadas por la mera posibilidad de una *intervención* normativa –juicio de *expertos* y policías.

Sin embargo, la eficacia de ese mecanismo de sujeción no se alimenta tanto de la actuación inmediata de los agentes de control como de la movilización incesante de los *fantasmas del castigo*. Una vez más: la policía del Instituto no siente la necesidad de intervenir porque su simple exhibición garantiza el mantenimiento del orden. Gestiona el miedo, no los castigos. O, en otros términos, atiende menos a una penalidad inflexible de las sanciones ejemplares ("violencia de los procedimientos") que a una economía global de los peligros imaginarios ("disuasión coactiva"). Por otro lado, el régimen de la disuasión no esconde sólo en el fantasma el secreto de su inaudita eficacia. En cierto sentido, satisface *por colisión* las demandas del aparato educativo. Nada puede sin el concurso de lo que le es extraño, periférico, irreductible. Frente a él, y también hacia él, avanza toda una lógica -parcialmente autónoma- del *soborno* institucional (lógica conectiva que suma los efectos del prestigio de la función docente, la cuantía de las retribuciones y la *bondad* del trabajo, la promesa del ocio pequeñoburgués y la multiplicación de las relaciones...). Y, más allá de la maquinaria escolar, ciertos

procesos colaterales actúan como estructuras de refuerzo de toda esta tecnología de la neutralización: la emancipación económica y residencial del joven profesor, sentida como conquista irrenunciable y punto absoluto de no-retorno; la pulsión hacia el consumo y la propiedad, tanto tiempo reprimida; la seducción del matrimonio y la procreación... Procesos, en fin, inseparables del ascenso de la mentalidad corporativa y de la profusión de la ataduras extraprofesionales -familia, posesión.

En la base de todo el entramado, manteniendo determinadas relaciones con su propio extrarradio, la Reforma sitúa aquellos años de vigilancia pedagógica. Y como desenlace no encontramos sólo un tipo de *profesor* asombrosamente acrítico ante la institución académica. Hallamos también un *ciudadano* particularmente conforme con el orden social general. En la forja de este *educador* intervienen, no obstante, otras estrategias.

## 2) EL CONFINAMIENTO INTELECTUAL DEL PROFESORADO EN EL ORDEN DE PROBLEMAS DE LA PEDAGOGÍA INTEGRADA.

La remisión al Saber Pedagógico, bajo la forma de *cursillos de reciclaje*, *cursos de formación*, etc., acentuada con cada nuevo Estatuto del Profesorado, no tiene sólo por función la distribución de ciertos contenidos ideológicos, adaptándolos -tanto en su literalidad como en su circulación- a requerimientos políticos coyunturales. Actúa también al interior de una “estrategia de la inducción débil” que pretende regir los flujos de la inquietud intelectual (lectura, reflexión, investigación...), acotar los parámetros de la auto-crítica y conectar el señuelo de la *actualización* con un sistema de recompensas y promociones intracorporativas.

La deseada impregnación pedagógica del profesorado aleja, así, la posibilidad de un cuestionamiento radical de la dimensión social y política de la Escuela, garantizando la concentración del esfuerzo intelectual en un campo ideológico políticamente inocuo. Quien sueña con la obtención de una beca de perfeccionamiento, quien pretenda dar cuenta rápidamente de la *carrera docente*, sabe ya que el Ministerio no recompensa la profundización en la vertiente genealógica, histórica, sociológica o ideológica del aparato educativo -premia, por el contrario, la participación en experiencias de “renovación didáctica”, la asistencia a los cursillos de “modernización pedagógica”.

Al internalizar el horizonte de los fines, al establecer los medios de forma precisa y asequible, solicitando la “actualización” del funcionario como sucedáneo del *sentido*, los cursos de perfeccionamiento (el énfasis en la pedagogía) vuelven a *encerrar* al profesorado en el ghetto de la Institución -teatro de sus proyectos, de sus luchas, de sus éxitos. El *educador* que no se resista a este “sistema de la inducción blanda” corre el riesgo de sorprenderse un día percibiendo el *exterior* de la Escuela como simple superficie de disfrute, de derroche, de ostentación, de compensación (*otro* de la Institución desprovisto de identidad propia, de interés específico, *sombra* indiferente de cuanto sucede entre las paredes de la Escuela).

No pensemos, por ello, que la estrategia de la inducción pretende despertar la inquietud, agitar los ánimos o remover las conciencias. Al contrario, se dispone contra la inquietud errante, contra la curiosidad sin norte. Intenta reconducirlas, llevarlas hacia parajes conocidos, centrarlas sobre objetos irrelevantes.

El sistema de la inducción no ha sido diseñado para incomodar al profesor tradicional, responsable a su manera, aferrado al sentido común docente y poco dispuesto a renovar sus viejos métodos (figura de orden, a fin de cuentas). Ha sido proyectado para apaciguar a los atormentados del interior, a los inquietos, a los que no pueden soportar la inercia y la rutina. Surge precisamente para satisfacer sus demandas de novedad, de reforma, de cambio, fortaleciendo a un tiempo los resortes fundamentales de la Institución. Por eso, no triunfa menos cuando el enseñante *clásico* se permite ignorarlo

que cuando el educador *moderno* lo sigue apasionadamente. En este sentido hablamos de inducción *débil*: como no advierte ningún peligro en las actitudes fosilizadas, parece tomarse a broma su propia presentación y se alegra secretamente de que sólo unos cuantos caigan en sus redes. Se contenta, en fin, con ofrecerse a quien algo busca como lo único digno de ser encontrado.

### 3) LA MULTIPLICACIÓN JERÁRQUICA DE LOS CUERPOS DOCENTES

La “proscripción del cuerpo único” desempeña, en este contexto, una doble función: posibilita aquella lucha *gremial*, con el despilfarro consecuente de las energías y la trivialización generalizada de los móviles, situando sucesivas *metas* para la ambición pequeñoburguesa y definiendo cierto proyecto existencial (la escalada) como *sentido*, por un lado; y organiza toda una red de policías científicos y metodológicos para sustentar el fantasma del castigo (ilusión de un Inspector que observa al Catedrático, de un Catedrático que juzga al Agregado,...), por otro.

### 4) LA CONVERSIÓN DEL INSTITUTO EN UNA MÁQUINA DE REPRODUCCIÓN DE UN SABER GENERADO EN OTRA PARTE, ABSOLUTAMENTE DESVINCULADA DE LAS TAREAS DE INVESTIGACIÓN Y CRÍTICA.

Las intermitentes Reformas de las Enseñanzas Medias prestarán, en consecuencia, una especial atención a la problemática metodológica (didáctica, técnica), ahuyentando la posibilidad de un trabajo de investigación *desde* la Escuela y *sobre* la Escuela. Convertir la Institución en el lugar de la “repetición” de un saber producido *en otra parte*, privilegiando por añadidura el aspecto consensual del conocimiento y exasperando la preocupación por el rigor *técnico* de los métodos, permitirá el hallazgo de fórmulas de ideologización más efectivas y optimizará el funcionamiento del aparato educativo como “fragua” del carácter de los alumnos. Con ello, se eliminarán progresivamente los problemas agudizados por el inmovilismo de la viejas pedagogías: aburrimiento en el aula, identificación de la cultura como tortura,...

\*\*\*

De esta forma, no se atentará tanto contra la figura del profesor *tradicional* -que sólo siembra el malestar cuando no logra permanecer a la altura de sus rancios modelos-, como contra un tipo altamente disfuncional de *educador*: aquel que añade a su autoritarismo “excesivo” una incompetencia metodológica (didáctica) manifiesta – germen de la protesta estudiantil. Ninguna reforma tendrá por objeto atenuar el autoritarismo profundo de la enseñanza. No se teme el *clasicismo* bien llevado, apto para recubrir el poder despótico del educador con los venerados títulos de la Seriedad, de la Responsabilidad, de la Profesionalidad. Quizás se prefiera ya el modelo *moderno* del profesor “progresista”, ingeniero de los métodos alternativos que salvaguarda el principio de autoridad al ocultarlo bajo un nuevo aparato formal (clase abierta, participativa, amenizada por la incorporación de las tecnologías disponibles...).

Clásico o Moderno, poco importa. No son esos los términos de la discusión. No se definen así las fuerzas en litigio. Contra el Irresponsable se maquina la Reforma... Y no menos contra la *incompetencia* del tirano insoportable odiado por sus alumnos justamente por degradar el clasicismo, que contra la *irresponsabilidad* del Libertino anárquico empeñado en jugar cínicamente con los tópicos modernos para desacreditarlos a cada paso. Sólo dos figuras llaman, pues, la atención de esa nueva Inquisición de la Didáctica preparada por los reformadores de nuestro tiempo: el

autoritarismo sin máscara que pone así al descubierto toda la barbarie de la enseñanza tradicional y el antiprofesor suicida que, a fuerza de combatir la educación, se destruye a sí mismo ante los ojos de sus alumnos. Sin embargo, aunque las dos figuras participan del peligro, no por ello valoran del mismo modo la práctica de la irresponsabilidad: el incompetente se ve abocado a ella por impotencia, por incapacidad (y, en este sentido, *la sufre*); el suicida, por el contrario, *disfruta* al buscar la muerte en aquella guerra contra la responsabilidad que un día situara en el centro de su proyecto político.

Nos equivocáramos de nuevo si creyésemos firmemente en la *realidad* de una Inquisición de la Pedagogía vigilante y expeditiva. El tirano conserva para ella el encanto de los horrores del pasado que tan bien *hablan* de las excelencias del presente, y el libertino se suicida precisamente porque nadie muestra demasiado interés en atentar contra su vida. La Inquisición no detiene, no juzga, no ejecuta. Su régimen es otro. Pieza fundamental del *fantasma del castigo*, engranaje paralelo al sistema de la inducción débil, se contenta con “marcar” el camino circular de la renovación pedagógica para los precipitados *modernos* que con tanta pasión quieren llegar lo antes posible al lugar del que no cesan de partir; se resigna a observar perpleja los movimientos absurdos de aquellos libertinos que nada temen porque su victoria ya no puede distinguirse de su derrota.

**“Aquí no hay Paz, ni Guerra.”**

**DEFENSA DE LA EMBRIAGUEZ Y DEL DELITO**

*¡Ojos tapiados por las legañas de un sueño demasiado largo,  
el mundo ha cambiado entretanto!*

"No siempre la malicia proviene del corazón;  
existió la malicia de la inteligencia  
y nos queda la malicia de la imaginación."

*Ch. Baudelaire*

No, no estoy de acuerdo. No puedo estar de acuerdo. Os aniquilaría, si encontrara la manera. ¿Dónde habéis aprendido a *pensar*, hatajo de imbéciles (*hatajo*: "pequeño número de cabezas de ganado")? ¿Quién habla por vuestras bocas? ¿Cuándo despegasteis los párpados por última vez? Ya está bien de repetir, como loros cautivos, el discurso de vuestro Señor. Si no tenéis nada propio que decir, más vale que os calléis o alquiléis los labios. Retornad al silencio de las tumbas, vosotros que anheláis la Paz del cementerio. Dejad de castigarnos con vuestra cháchara ancestral. ¿Dónde reside la *depravación* del Criminal, dónde la *indignidad* del Borracho? No venidme una vez más, como si trajerais algo nuevo, con el esquematismo de los *críticos del poder* sobre la lengua. Escupid toda esa charlatanería de *teóricos progresistas*, si queréis que os conceda un minuto de mi tiempo:

"En la medida en que la delincuencia  
neutraliza la posibilidad de la lucha política consciente,  
aparece como forma de ilegalismo útil (no peligroso),  
integrado en el mecanismo reproductor de la sociedad burguesa;  
y, en tanto factor de desmovilización y autodestrucción,  
la embriaguez permanente del alcohólico  
(socialmente inducida, políticamente recuperada)  
contribuye al sostenimiento de los órdenes coactivos vigentes,  
en beneficio de las fracciones de clase dominantes."

¿Cómo podéis creer todavía en el balar de los corderos, vosotros los comprometidos, los sobrios, los razonables, vosotros los lúcidos -refugio de la esperanza y esperanza de la humanidad? ¿Cómo podéis alimentar semejante *horror* neopuritano cuando quejumbrosamente confesáis no saber qué hacer con vuestras legítimas energías contestatarias y tantas veces os habéis sorprendido a punto de ingresar en la maquinaria política establecida -una tarima, un cargo, un sindicato, un partido...? ¿Para qué joven Inquisición trabajáis? ¿A quién puede seducir la perspectiva de una erradicación del crimen, el ensueño de un mundo sin delitos, atestado -hasta las escuelas y gracias a las escuelas- de sindicalistas y representantes, políticos y afiliados, manifestantes que llenan de color las mañanas de los sábados, huelguistas empobrecidos a fuerza de reivindicar lo que sus explotadores ardientemente desean conceder, críticos radicales que descubren *estrategias de dominación* por todas partes e incluso por debajo de su pluma incesante y bien retribuida, pensadores crepusculares de la fatalidad y el posmodernismo...?

¿No sois capaces de intuir, siquiera, que la "guerra" del Criminal y del Borracho nada tiene que ver con el *espectáculo* amañado de vuestra lucha política? ¿Os falta valor,

pues de valor se trata? ¿Estáis demasiado acabados, sellados y lacrados como una carta muerta, para presentir el Fin de la política revolucionaria o, en otros términos, la Impostura de la revolución política? ¿No notáis aún la erosión indefectible de los viejos proyectos, la absorción de todo el campo de la política posible -e incluso pensable- por la Empresa Legitimadora? ¿No percibís, desde ese desierto, la *grandeza* de la “otra” guerra, la guerra de fondo contra la Virtud y *su* Razón, contra la Moral y *su* Política? ¿No sentís ante la arrogancia del criminal, ante la inercia del embriagado, algo parecido a una amenaza, un desafío profundo, casi un reto salvaje y demoledor?

Hubo un tiempo en que fue cierto que la delincuencia y la embriaguez servían a la opresión mediante el ahuyentamiento de la lucha política. Hoy es todavía más cierto que la lucha política sirve a la opresión mediante el ahuyentamiento de la guerra *inmoral* (contra la Razón Virtuosa). Perturba más un Criminal que un Sindicalista. Molesta menos un Votante que un Borracho. Sobre todo si uno y otro saben situar el Delito y la Embriaguez en el lugar que les corresponde como “formas de conocimiento y armas de la transformación social”.

Las cosas dignas de ser escritas, al ser escritas pierden su dignidad. El lenguaje tropieza una vez más con la pared del sentido y no encuentra la manera de expresar lo inefable de la Emoción. Intentar justificar racionalmente la praxis del embriagado o del delincuente no puede llevar más que a la *crisis* del discurso -detención, vértigo, flaqueza de las piernas, presentimiento de la caída, retroceso y silencio. Es precisamente la *irracionalidad* del Crimen lo que confiere a la fechoría del delincuente su inaprehensible dignidad -negación de nuestra racionalidad destructiva y de su fetichismo del Bien. Del mismo modo, en la *inercia* del alcohólico radica la peligrosidad de la embriaguez: evasión del comportamiento mecánico y de la complicidad maquínica de lo cotidiano (esfuerzos útiles, construcciones lógicas, movimientos necesarios). ¿Y cómo confiar a la Razón Útil, Lógica y Necesaria, el análisis de lo que se le subleva en tanto forma provisional de lo gratuito, aleatorio, accidental? ¿Cómo conceder a la racionalidad moderna el derecho a juzgar cuanto se ampara en la equivocidad del Mal, si ha organizado la ejecución reglamentaria de *lo peligroso* en torno a la soberanía de su antinomia formal, el Bien?

Retornemos al conocimiento corporal -ámbito de la sensibilidad común y de las impresiones generalizadas, ya que el naufragio de la Razón amenaza con sumir en la oscuridad o anegar en el silencio la apología de la Embriaguez y del Delito. ¿Quién no ha experimentado en cierta ocasión la clarividencia de la embriaguez, con todo lo que suscita: fuga atropellada de los prejuicios, hundimiento de las inhibiciones, eclipse de las mentiras sobre uno mismo y de la inseguridad ante el otro...? ¿Quién no se ha asomado al espejo de un crimen secreto y ha descubierto horrorizado un rostro por el que jamás se reconocería en los ojos de los demás -un rostro que íntimamente supo, en aquel momento, suyo y, como suyo, esconde no menos de sí mismo que de la mirada ajena? ¿Quién no ha percibido detrás del más terrible de los asesinatos no sólo el aire implacable de la fatalidad social, no sólo el efecto inevitable de la podredumbre histórica, sino también algo semejante a un signo monstruoso, índice mayúsculo de las fuerzas subterráneas que habrán de liberarnos, por los caminos del horror, de aquella misma fatalidad, de aquella misma podredumbre? ¿Quién no ha sospechado durante un segundo que la más tenebrosa crónica de sucesos anuncia, a su manera, la inminencia de una catarsis diabólica pero salutífera, el triunfo de lo demoníaco-histórico sobre la insoportable crueldad del Bien? ¿Quién no ha sucumbido ante la sinceridad absoluta de sus minutos de enajenación? ¿Quién no ha retrocedido ante la transparencia definitiva, brutal, del borracho postrado -siempre más allá de toda falsificación, de todo hogar y de toda cobardía? ¿Y qué decir del *pensador ebrio* y de su gesto, qué decir de la voluntad

de meditar enajenado para meditar mejor (o, simplemente, meditar de una vez), qué oponer a la decisión de embriagarse en soledad para afrontar verticalmente los verdaderos deseos y los verdaderos obstáculos?

El Mal nos curará. Nos curará aunque “sólo la gente inteligente sea capaz de comprender el Crimen -y conserve por tanto el poder de perpetrarlo” (Genet). Y la Embriaguez nos mantendrá vigorosos, a salvo de la enfermedad del misticismo. Injusta metáfora, la de Marx: “la religión es el opio del Pueblo”. Injusta con el opio. En realidad, al Pueblo se le prohibió siempre el opio para evitar que abominara de la Religión bajo todas sus formas. ¡Ojos tapiados por las legañas de un sueño demasiado largo, el mundo ha cambiado entretanto! Y ya sólo podemos recuperar la Salud por las rutas del Pecado.

**SERMÓN***Escuela y Mendicidad*

"Ya no son un apellido."

M. Proust

Es preciso pensar la mendicidad como objetivo político, elemento de una nueva tecnología del control social: galería de *fracasados*, escaparate del *infortunio* que incita a una profundización en los valores y en los comportamientos económicos establecidos –trabajo, ahorro, propiedad y, como premisa, familia, escuela, educación... Es preciso insistir más en la utilización *política* de la mendicidad como “figura inofensiva” de la pobreza (figura de la *resignación*, del silencio, de la muerte anónima) que en la lógica -ya evidente- de sus causas sociales o en la *necrológica* de sus efectos individuales. Se impone un desplazamiento de los acentos: el Circo de la mendicidad, el Sermón de la mendicidad, la mendicidad *contra* la pobreza turbulenta.

El tránsito de una mendicidad *peligrosa* (temida, reclusa) a una mendicidad *deseada* no puede desligarse de la emergencia de un nuevo tipo de miserable. Surge un mendigo difícilmente distinguible del discurso existencial, religioso, que lo constituye. Ya no es la sociedad entera la que se pudre en él. Ya no pide dinero para ratificar, ante nosotros, la infamia del Estado de Clase. La mendicidad de nuestro tiempo sólo se reconoce como *desgracia*, *desventura*. No reclama nada a los que la producen. Se contenta con solicitar la compasión de los privilegiados *como privilegio de la compasión*.

Sólo la confluencia de determinados procesos pudo convertir la ciudad en el escenario de una *agonía* tan amable: antes que nada, la desproletarización de la pobreza (no más obreros pobres; a partir de ahora, pobres que quisieran ser obreros); tangencialmente, la eficacia redoblada del viejo discurso sobre la delincuencia como forma de barbarie. El mendigo deja de ser peligroso porque ni puede identificarse con el obrero reivindicativo, ni se siente cómodo en el espacio hostil de la delincuencia. O, remontando un peldaño, el parado que hoy exige agresivamente un puesto de trabajo podrá transformarse en apacible mendigo el día en que comprenda que ya no le queda futuro. Y, para que este pasaje sortee ciertos riesgos -entre ellos, aquel que se esconde bajo el lema: “hay futuro, subversión”-, conviene intensificar la moralización despótica de las costumbres. Este es el lugar de la intervención del viejo discurso sobre/contra la delincuencia.

El salto de la “mendicidad oculta” (por la beneficencia del Estado y la filantropía de la sociedad civil) a la “mendicidad exhibida” -desprotegida oficialmente para incrementar su presencia en la calle, *delante de los ojos* del trabajador, del escolar, del padre...- marca entonces el advenimiento de una nueva mecánica de la integración social: mantener la pobreza en el límite inferior de la supervivencia, centrarla sobre la figura del mendigo, funciona (ante la amenaza del desempleo) como el mejor expediente para asegurar la laboriosidad de la clase obrera, abocada a la casuística de la salvación individual. El miedo al hambre actúa así en beneficio del Opressor: trabaja para la perpetuación del hambre *del otro*.

No basta con organizar la Escuela como anti-calle –como fábrica de obreros

diligentes y parados dóciles. Interesa también disponer ciertas figuras sobre las aceras. A la salida del Instituto, comienza el espectáculo de la mendicidad...

**SOLO COMO UNA LUNA:  
EL LUGAR DEL CRIMEN EN LA INSTITUCIÓN**

*Ni siquiera se despidió, de todos y de nadie, con lo mejor de sí mismo.*

*Prefirió morir como un ladrón, robándole a otro el pensamiento:*

*“Hay que soñar mucho tiempo para actuar con verdadera grandeza,  
y el sueño se cultiva en las Tinieblas.”*

"La versión del Diablo es que el Mesías fue quien cayó  
y formó un Cielo con lo que había hurtado al Abismo."

*W. Blake*

EL HOGAR DE SUS GENTES

u)

LA soledad secreta

Caminaba solo como una luna por entre el magnético sendero que conducía, días sí y días no, al hogar de sus gentes. La tarde era más amarillas que otras veces y el silencio espectral de los caminos parecía aún más lúgubre de lo que la costumbre enseñaba. Caminaba sobre sus pies, siguiendo la dirección que su sombra le marcaba desde atrás. En realidad, llevaba toda la vida obedeciendo a esa misma sombra. Tenía que reconocer que nunca la abandonaba porque la deseaba con la misma fuerza con que sus pasos deseaban el sendero. Y poco le importaba la intromisión del Sol. A lo lejos, entre humos, gases, casas, cosas, caras y coros, se entreveía un árbol sin hojas.

Caminaba solo como una luna, pisando hojas sin árboles. Un pájaro que todavía volaba se cruzó por delante de sus ojos más comunes. Le sorprendió porque hacía tiempo que no veía cómo un par de alas podía moverse en el aire, con esa soltura y ese misterio. Como aquellos caminos estaban llenos de pájaros que aún volaban, siempre era misterioso ver volar un pájaro. También era misterioso pisar las hojas de un árbol sin hojas, ya que aquellos caminos estaban llenos de hojas sin árboles y de árboles sin hojas.

Él, en cambio, a los treinta y ocho años -a veces sueña que noventa-, no tenía ninguna hoja. Si alguna vez tuviera un hijo, o una hija, o un hijo y otro hijo, o una hija y otra hija, o un hijo y una hija, o una hija y un hijo, entonces le pondría de nombre Adán, o Eva, o Adán y Adán, o Eva y Eva, o Adán y Eva, o Eva y Adán. Así, a lo mejor, tendría alguna hoja... Pero no creía que su mujer pudiera ya darle hijos. Más que nada porque continuaba muerta. Tan muerta como las hojas sin árboles de los caminos mágicos. Y él, pese a todo, seguía vivo. Tan vivo como los árboles sin hojas de los caminos mágicos.

A él le gustaba mucho más caminar de noche... Caminar de noche no era lo mismo que caminar de día. No, no podía ser lo mismo. Él prefería caminar sólo con la luna antes que caminar solo como una luna. Caminaba entonces con más nervio, casi con brío, quizá porque su sombra parecía desfallecer. Y así, al menos, no veía hojas -las sentía crujir, como si pisoteara montones de grillos. Y se acordaba de su niñez.

v)  
unA infanciA coN grilloS quE pisoteaR

Cuando era pequeñajo disfrutaba pisoteando grillos. De pequeño, amaba los grillos. Podía pisotearlos cada vez que quería. Un mundo sin grillos no podría ofrecer a nadie una infancia muy afortunada. Si el no hubiera contado con los grillos en sus primeros años, se habría visto empujado a pisotear, muy posiblemente, cosas que ni siquiera hoy se atreve a imaginar. Habría sentido, como otros, la tentación de atropellar viejas que buscan y, no encuentran, la muerte. Esa muerte que las busca sin prisa y las encuentra demasiado tarde –cuando ya se han acostumbrado a vivir en la búsqueda y, por lo tanto, no quieren morir.

En cualquier caso, aún le quedaban las hojas sin árboles de los árboles sin hojas. De noche, cuando sólo con la luna caminaba de vuelta a casa -él siempre estaba volviendo a casa- pisaba hojas que no veía como si pisoteara grillos o atropellara viejas. Y por eso se acordaba de su niñez.

w)  
IE haN dichO quE laS sombraS nO entraN eN casa

Además, prefería caminar de noche porque así se perdía entre los humos, gases, casas, cosas, caras y coros. Y, de ese modo, nunca llegaba a casa. Nada sería tan funesto para él como llegar, de una vez por todas, a casa, al hogar de sus gentes. Si alguna vez llegara a casa, su vida perdería todo el sentido que ahora conservaba –vivir la vida de los vivos. Incluso le habían asegurado que las sombras no entran en casa. Y él se sentiría acabado para siempre si su sombra le abandonara alguna vez.

xyz)  
dandO graciaS A suS padreS poR nO parirLO pájarO

Los pájaros que tan misteriosamente vuelan por los aires acaban llegando a alguna parte. Pero él sabía que no corría ese riesgo. Sabía que no era un pájaro, y que era mucho más que un pájaro. Él tenía la ventaja -la guardaba como un secreto- de poder *caminar hacia atrás*. Un pájaro, en cambio, no puede volar hacia atrás: por eso llega a cualquier parte (y muere de tanto hogar). Pero él no era un pájaro, y daba gracias a sus padres por no parirlo pájaro.

Él no era un pájaro. Por ello, si alguna vez -no lo quieran los dioses y las vírgenes de todas las iglesias del mundo- se acercara mucho a casa, al hogar de sus gentes, si alguna vez alcanzara el portal mismo de cualquier sitio..., entonces recurriría a su arma secreta, la carta que siempre se guardaba bajo la manga (como cuando jugaba todos los domingos en el bar del pueblo y acababa -todos los domingos- perdiendo, pero con su carta debajo de la manga). Si alguna vez llegara al portal mismo de su casa, utilizaría su arma secreta, aquello por lo que descubrió un día que no era un pájaro y que era mucho más que un pájaro: podría, de inmediato, caminar hacia atrás. Un pájaro, en cambio, no puede volar hacia atrás.

xy)  
sU mujer yA estabA muertA anteS deL matrimoniO,  
poR IO quE nuncA pudO besarLA propiamentE eN amarillo

Conforme caminaba descubría nuevos horizontes, todos tan amarillos como besos de jóvenes. Él nunca había besado a nadie de ese modo. Su mujer ya estaba muerta antes del matrimonio. Por eso no creía que besarse con su mujer fuera de verdad besarse en amarillo. Tampoco había podido besar a los hijos que no tenía. Y es que, cuanto menos se tiene, menos cabe hacer –y, en el límite, apenas se puede existir.

Esa era la razón por la que no creía en Dios ni en el Gigante de las Nieves: si uno u otro hubieran existido, no habrían dudado en hacer algo con las cosas que tenían a mano. Él, como no tenía nada, *nada* podía hacer. Dios lo podía hacer todo porque lo tenía todo. Pero como Dios no hacía nada, Dios no podía existir. Y tampoco podía existir el Gigante de las Nieves, porque no oía decir que nadie fuera muerto por él (y ésa era su manera de hacer algo con lo que tenía: la vida de los demás). Sí creía, en cambio, en el Sol. Siempre caminaba con los ojos clavados en el Sol, porque le reconfortaba sentir cómo aniquilaba, cada mediodía, su capacidad de visión. Realmente, era el único que hacía algo por él. Creía en la cegadora luz blanquinegra que lo sumergía en las tinieblas porque lo sumergía en las tinieblas. Creía en el Sol y en su luz blanquinegra. Creía en el Sol aunque sólo fuera porque no cesaba de herirle y con su luz cegadora le hablaba de no sé qué futura oscuridad, no sé qué noche perpetua y esplendorosa.

Sabía muy bien que el Sol y su sombra se entendían, que mantenían relaciones muy íntimas. Pero no le importaba demasiado... Él sería feliz mientras le permitiesen permanecer allí, entre la sombra y su Sol, como una madre que vigila a dos amantes. Sabía asimismo que sólo podrían amarse en plenitud el día en que él se viera forzado a caminar hacia atrás. Entonces debería ser perseguido por el Sol, si en algo apreciaba la compañía de su sombra. Y estaba convencido de que le seguiría sin dudar... Pero todavía distaba el momento de demostrar que no era un pájaro y que era bastante más que un pájaro.

x)

nO eS unA cartA IO quE loS hombreS sE guardaN  
debajO dE IA mangA

Se sobresaltó. Empalideció de repente, como si los dientes de la Fatalidad rechinaran a su alrededor. Algo horrible parecía esperarle tres o cuatro suspiros más allá, tres o cuatro lamentos más allá. Parecía..., no, no podía ser. Parecía su casa, el hogar de sus gentes. Y repitió, atravesado por un presagio más cruel que el fin de la noche, la única referencia bíblica que recordaba: “Al que no tiene, se le quitará hasta lo que no tiene.” Pero no estaba seguro. Debería acercarse un poco más. Se frotaba los ojos con desesperación, con la misma desesperación con que lloró el día en que nació su mujer – y nacía muerta. Se acercó más, un poco más... No podía creerlo, no debía creerlo. Aquello no podía ser su casa, aunque pareciera su casa. Debía estar ante un Espejismo, ante otro Espejismo... Desde que un extraño peregrino le habló sin piedad, al borde del camino de siempre, del Espejismo, la Ilusión, la Falsa Conciencia, la Ideología, la Alienación y otras cosas no menos terribles, cierta propensión a imaginarse engañado por sus ojos se había apoderado perversamente de su espíritu. Y empezó a desconfiar de sus sentidos como quien desconfía de un amigo mentiroso y no encuentra más voces o más oídos que los de ese amigo mentiroso. Y comenzó a sospechar de las mañanas y de su deslumbrante claridad como quien sospecha de la luz del día y busca la luz de la noche porque no sabe vivir a oscuras o entre tinieblas.

Aceleró el paso. Y corrió como nunca, más que nunca, agobiado por la urgencia del peligro. Quería llegar hasta lo que parecía su casa para que lo que parecía su casa se esfumara. Quería demostrar que sólo era un Espejismo –es decir, la Ilusión que la

*maldad* de Los Unos siembra por doquier para explotar mejor la *estupidez* de Los Otros, como aprendió del extraño peregrino. Corrió, y corrió... Cerró un segundo los ojos de la mentira y acabó súbitamente con la claridad pérfida de las mañanas. Corrió olvidado de su sombra, despreocupado del Sol y hasta de sí mismo. Corrió como un sabio, un loco, un criminal, un santo..., y se despeñó hacia el Abismo.

Mientras caía, reconociendo con la mirada el borde del precipicio, el portal de su casa, comenzó a reír histérico. Y a gritar. Mientras su cuerpo se hundía en el espacio, como ansiando el abrazo de las rocas que desde siempre le esperaban allí abajo, empezó a perder la fe en todas sus ideas. Se vio abandonado por el Sol y por su sombra, a la que perseguía con sus ojos menos comunes. Aún le fue dado comprender que uno y otra habían aprovechado el beso de sus párpados para conspirar con el extraño peregrino y conjurarse contra él y contra la arrogancia de su huida circular. Empezó a perder la fe. Se estaba acercando a casa, al hogar de sus gentes, y con ello empezaba a perder la fe: a lo mejor, se decía instantes antes de perecer como un grillo pisoteado o una vieja atropellada, a lo mejor los hombres no guardaban ninguna carta debajo de la manga, ni él era mucho más que un pájaro. Incluso era posible que Dios existiera, y no tolerara más vida que la de los muertos. En pocos segundos, veía temblar todas sus ideas como cuando lo arrojaron al río aquel y le temblaron todos los músculos de su cuerpo. Y pudo percibir, con la lucidez insolente de los últimos pensamientos, toda la ironía de su destino: se había consumido en vida luchando ferozmente, como un guerrero extraviado, contra la muerte vulgar del hogar minúsculo –hogar del padre y del hijo, del empleado y del hijo, del esposo y del hijo...; y ahora, impotente como hojarasca en día de ventisco, sentía la inminencia de una muerte todavía más vulgar, a la que ya no podría resistirse y por la cual ingresaría fatalmente en el Hogar Mayúsculo de los Evadidos. Llegaba, sin remedio ni consuelo, al Hogar de Sus Gentes –hogar de los vagabundos con los que siempre se identificó y de los que en todo momento procuraba mantenerse alejado, hogar excesivo de los *sin-patria* universalmente emparentados por su oscuro temor a la Casa y por una valentía ambigua que al menor descuido amenazaba con entregarlos a la venganza de la Muerte.

Ni siquiera se despidió, de todos y de nadie, con lo mejor de sí mismo. Prefirió morir como un ladrón, robándole a otro el pensamiento: “No se trata de saber morir, sino de combatir hasta la muerte –ahí reside la belleza.”

**VIVIR ES DOLOROSO.  
HAY QUE APRENDER A GASTARSE DE MODO  
QUE DURE TODA LA VIDA**

"Es un cuento, es decir, una forma de relato alegórico  
que tenía tal vez por primera finalidad, cuando lo escribí,  
la de alertarme a mí mismo, al indicar y rehusar indicar qué soy;  
y por segunda finalidad, la de establecer una especie de malestar en la sala.  
Un cuento... Hay que creer en él y negarse a creer,  
por un mismo movimiento y para permitir que hiera."  
J. Genet

Todo el optimismo incitante del Apátrida se ha visto conmocionado por la irrupción tempestiva del caminante solar. Gravita la duda, a partir de ahora, sobre la verdadera naturaleza del Hogar de Sus Gentes. Y, por consiguiente, se desvanece el triunfalismo, quizá ingenuo, de la fuga que ya es la Fuga. Gravita la duda como ave de carroña y nos embriaga el olor a descomposición del antiguo nomadismo.

La intervención del caminante que juraba fidelidad a su sombra para permitirse la infidelidad a todo lo demás, y aceptaba la tiranía del Sol para protegerse de los Señores mundanos que todavía andan a la caza del esclavo, desplaza la cartografía del Hogar Excesivo hacia regiones absolutamente inquietantes. Y si ya nos conmovía la audacia de una ruptura con "las ceremonias narcóticas de la Lucha de los Lúcidos y los ritos tranquilizadores del Viejo Compromiso", tanto más habrá de aturdirnos el desenlace de la huida *circular* en torno al Precipicio de la Fatalidad.

Como los labios de una boca insinuante, boca de mujer, desoladora y visceral, el sendero magnético cerca y rodea el borde del Precipicio, confiriéndole la seducción del Abismo y del abandono al Abismo –boca entreabierta, invitación al hundimiento silencioso en el beso de la Muerte. Fondo cautivador de unos ojos vigilantes, el Precipicio que tornó trémulas las ideas del compañero de la noche sugiere la existencia de una vulgaridad irresistible en la Muerte del Suicida, una vulgaridad insolente, implacable, más bella que lo bello.

Y, como por hechizo, la sugerencia de lo irresistible logrará enclaustrar al Fugitivo que tan candorosamente se soñaba *liberto de todos los amos y evadido de todas las cárceles* en el Hogar Imposible del caminante sin futuro y hasta sin camino. Criminal orgulloso y envidiable, coronará su duro batallar estrictamente delictivo con el gesto soberano de la autodestrucción –despedida y fiesta.

"No más auto-evaluación o evaluación conjunta;  
en adelante, falsificación de las calificaciones  
e intimidación de los examinadores.  
No más temario consensuado y clase abierta;  
a partir de ahora, abolición del programa y de la explicación,  
euforia del discurso libre –sin dueño ni destino.  
No más delegados de curso serios y razonables;  
en lo sucesivo, comités de fuga enloquecidos y destemplantes.  
No más participación del alumnado en la gestión democrática de la Enseñanza,  
en el gobierno de los centros escolares;  
desde este momento, paralización deliberada de la Institución

mediante la práctica anarquizante del sabotaje estudiantil...”

Y el Apátrida, que como agente de la Corrosión se hizo *asesinar* por su adversario maquinico, uncirá mañana las bestias de la Fuga a no se sabe bien qué extraño carro suicida y se precipitara -como un maldito- en busca del más lejano de los Acantilados. Se le verá deambular por los senderos magnéticos que conducen, días sí y días no, al Hogar de sus Gentes, hasta que el agotamiento del horizonte lo entregue fatalmente a lo inconfesable del Abismo.

No depende de él -llegará a Casa: una tarde se dará muerte como la rosa que, sin porqué, florece porque florece. Y el recuerdo de sus Crímenes -luz de la noche, negro mediodía- magnificará aún más la belleza turbadora, subyugante, de su Muerte.

## SEPARACIONES QUE DESGARRAN: EL ADIÓS DEL FUGITIVO

"Se abalanza, salta como un tigre.  
No quiere llaves;  
porque, cuando se le permite acercarse a una puerta,  
se apodera de ella al asalto e incendia la casa,"  
*Thomas De Quincey*

"Había llegado la mañana de un día solemne –de un día de crisis y de esperanza final en la naturaleza humana, que padecía entonces de algún misterioso eclipse y era martirizada por una terrible angustia. En algún lugar, no sabía cómo, por no importa quién, no los conocía, se libraba una batalla, una lucha -se sufría una agonía-, desarrollada como un gran drama o pasaje musical. Y la simpatía que sentía por todo aquello se convertía en un suplicio debido a mi incertidumbre del lugar, de la causa, de la naturaleza y del posible resultado de la contienda. Parecía estar en juego un grandísimo interés, la causa más importante que nunca defendiera espada o proclamara trompeta. Al poco brotaban repentinas alarmas; por doquier, pasos precipitados; terrores de fugitivos innumerables, fugitivos en plena dispersión..." (De Quincey)

De la batalla no se seguía ninguna victoria. No estaba siendo derrotada la causa del Mal –pensé que quizás el Mal fuera la guerra misma, o el triunfo de cualquier formación. Se multiplicaban a mi alrededor los fugitivos. "Yo no sabía si procedían de la buena causa o de la mala –tinieblas y resplandores, tormentas y rostros humanos..." Abrumado por tanta confusión, quise seguirles como si intuyera que el espectáculo se desplazaba con ellos, tras ellos, y todo hubiera de depender -en adelante- de las vicisitudes de su fuga. Pero sólo pude alcanzar hasta el momento de la despedida.

"Aparecían formas de mujeres, semblantes que habría querido reconocer a cualquier precio y que no podía vislumbrar más que un instante. Y después manos crispadas, separaciones que desgarraban el corazón; y después, ¡adiós para siempre! Y, con un suspiro como exhalado por las cavernas del infierno, ¡adiós para siempre!, ¡adiós para siempre!, y más, y más, de eco en eco, reduplicado: Adiós para siempre..." (De Quincey)

Intenté afilar la mirada, sortear con los ojos el desorden de las filas, reconocerme en algún fugitivo... Pero fue inútil: el adiós de los desertores no dejaba tras sí más rastro que el desgarramiento de nuestras vidas. Partían hacia lo desconocido, y nos arrojaban a la ciénaga de la incertidumbre. Con su *adiós para siempre*, el Fugitivo se despedía también de nuestra tragedia de observadores impotentes.

**LA HORA DEL SUICIDIO ANTIGUO**

Despiden los campos la tarde  
con el ademán misterioso de todos los días  
pero con un soplo de nostalgia nuevo.

Se recrea todavía el sol  
vistiendo de sombras los árboles tan poco verdes  
de las desgastadas lomas.

De lejos,  
un resplandor rojizo  
confunde nubes y cielos en los límites  
de una imagen desfalleciente.

Tres pájaros aún descansan sobre el viejo tendido de la luz.

Bocanadas de aire cálido mueven graciosamente  
las ropas casi secas de los cables.  
Una mujer se dirige presurosa a retirarlas.

Dos perros esqueléticos cruzan cansinamente los bancales  
-siempre en guardia.

Un zagal  
les lanza piedras desde una esquina mal encalada.  
Los perros huyen entonces, sin excesiva alarma,  
esbozando los gestos de la rutina.

Ya sólo queda un pájaro sobre el tendido,  
un pantalón oscuro sobre el cable,  
una banda de sol sobre las lejanías melancólicas de las tierras.

La mujer regresa también con presteza,  
buscando el abrazo de la casa.  
El zagal abandona lentamente las piedras;  
mueve la cabeza con desdén.

La noche empuja al día hacia otra parte.

*Es la hora del suicidio antiguo,  
sin rastro de náusea en los labios,  
sin rastro de ira en el fondo de los ojos.*